LA ILUSIÓN LIBERAL

por Louis Veuillot[1]

[1] Versión digitalizada de la edición en español realizada por Editorial Nuevo Orden, Bs. Aires, año 1965.

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR

¡Luis Veuillot! He aquí un nombre de combate, ante el que huyen despavoridas las huestes de los tímidos, y sobre el cual ha caído el silencio cómplice del liberalismo y del fariseísmo, aunados otra vez (qué casualidad) a fin de acallar para siempre la voz viril y justiciera de este gran escritor. ¡Luis Veuillot! Nombre de Inquisición; por ende, y sin más ni más, nombre tabú vera tantos cristianos que viven en connivencia irresponsable con los grandes errores anticristianos. Porque para este titán del periodismo católico francés, la verdad católica era, por una parte, Verdad, es decir, conocimiento y amor; por otra, católica, o sea, que abarcaba absolutamente todos los aspectos de su vida y de su obra, sin la más mínima concesión que pudiera agrietar la base de los principios esenciales. Mas esta aparentemente tozuda intransigencia le venia, nada menos, de esa su incondicional adhesión a la Cátedra de Pedro; lo que le valió, y le sigue valiendo todavía hoy enemigos, incluso, ¡oh ironía!, entre muchos que se dicen católicos, pero para quienes la opinión de un doctor particular cualquiera, llámese Teilhard de Chardin o Juan de los Palotes, tiene muchísimo más valor que la del Vicario de Cristo. Así, este intransigente y este intolerante escribió en uno sus libros, no por poco conocido menos estupendo, lo siguiente: "Yo conozca una verdad y un error, y no admito ninguna especie de paridad ni de igualdad entre ambos. Los que no conocen ni verdad ni error, o colocan en un mismo pie de igualdad y con idénticos derechos a la verdad y al error, deben, en consecuencia, y cueste lo que les costare, entregare el error a la libre discusión de la verdad. Pero se rehúsan a ello, ¿Qué nos reprochan entonces?"' (Les odeurs de Paris, p. 31, ed. Crès). Y en esa misma obra, a vuelta de página, esto definitivo, que debería grabarse a fuego en el frontis de todas nuestras cátedras oficiales de Historia del país: "Pensar de modo distinto al de esos que se dicen tolerantes, he ahí lo que el partido de la tolerancia no puede tolerar" (op. cit., p. 32). ¡Cuántos otros textos habría para citar y para aprender!

Nacido en 1813, veinticinco años después sucede en la vida de Luis Veuillot el acontecimiento que la cambiará totalmente: su conversión en Roma, mientras se desarrollaba el culto de Semana Santa. Desde entonces, la defensa de la fe que había abrazado llenará sus días. Habiendo formado el acervo cultural de su espíritu al azar de sus lecturas, podemos decir que llegó a la fe por una inclinación natural suya, salvando, claro está, la parte misteriosa de la Gracia.

Por aquel entonces, el diario *Le Siècle* había emprendido una campaña antirreligiosa. Esto era para él un abierto desafío, y respondió a ese desafío con *L'Univers*, diario del que llegó a ser redactor-jefe en 1842. Desde sus columnas inicia también una lucha sin cuartel contra toda forma de anticristianismo. Más adelante, cuando un ucase imperial cierra *L'Univers*, continúa esa batalla en sus libros: El perfume de Roma, Los olores de Paris, Los librepensadores, etc. Abordó todos los géneros: la novela, la sátira, la correspondencia epistolar, la poesía, el retrato, la crítica, en especial la crítica. Y en todo esto fue un realista: vio a los hombres primero y luego a sus ideas, pero no juzgó a éstas por aquéllos, ya que, según testimonio de sus mismos adversarios, su trato era afable y ameno (Gonzague Truc: Historia de la literatura católica..., p. 89, Gredos, Madrid, 1963; véase en este mismo ensayo el parágrafo XXXII), y hasta pueden encontrarse muchos ejemplos de real indulgencia hacia sus enemigos (cf. Correspondance de L, V., passim). En 1879 deja de pertenecer por propia decisión a *L'Univers*, cansado ya, según sus propias palabras, "de una jornada de cuarenta y cinco años" (op. cit., p. 88). Fallece en 1883. Ernesto Hello, otro gran combatiente por la verdad católica, a quien Veuillot acogió paternalmente cuando ensayaba sus primeras armas en esta lucha común, le ha dedicado palabras que deben conocerse (E. Hello, El Siglo, 2a parte, c. VII). San Pío X, al recibir la biografía escrita por el sobrino de este irreductible defensor de los derechos de Dios y de la Iglesia, contestará con un Breve del que no podemos dejar de citar estas palabras: "El conjunto de esta carrera ilustre es digna de ser presentada como modelo a los que luchan por la Iglesia y las causas santas" (Breve sobre L. V., en Verbe, N°

39/1951).

Luis Veuillot tuvo en su existencia de luchador grandes desprecios y grandes amores, no siendo aquéllos otra cosa que la efervescencia de su espíritu cristiano. Blanco de los primeros fueron, principalmente toda forma de modernismo y de laicismo, la Revolución (y quien dice Revolución, dice Revolución Francesa, movimiento social fundado sobre "ideas cristianas enloquecidas"), y el liberalismo. Entre los segundos, su devoción al Papa (Obediencia), a la Iglesia, y a su patria Francia. Algunos críticos añaden (P. Fernessolle: Pour qu'on lise L. V., p. 76-82) su amor al Pueblo, en el recto sentido de su extracción social (era hijo de un tonelero) y de su profundo y apasionado defensor de pobres y humildes, víctimas demasiado a menudo de la injusticia de los demagogos y de los ambiciosos. Y ambos, desprecios y amores, los dejó esculpidos en su magnífico lenguaje de polemista, de artífice del estilo. En efecto, para corroborar lo que decirnos, bastará con citar dos testimonios dispares por su procedencia, pero idénticos en el juicio: el primero, de Sainte-Beuve, quien lo califica de "prosista excelente" (Nouveaux Lundis, 1861); y el otro, el del actual Mons. J. Calvet, quien en su Manuel d'Histoire de la Littérature Française (De Gigord, 1929, p. 714) dice: "Por odio alas ideas de L. V., la crítica oficial ha fingido largo tiempo ignorar su valor como escritor... Hoy lo coloca entre los cuatro o cinco grandes prosistas del siglo XIX. Es el Paul-Louis Courir católico".

El ensayo que va a leerse constituyó primeramente una serie de artículos aparecidos en el diario *L'Union*, y publicados luego a comienzos de 1866. Es ésta una muestra de su vocación indestructible: el periodismo (y en esto, qué modelo para esa prensa cuya finalidad pareciera no ser más que la minimización y la tergiversación de la verdad). En él define los principios y el método del catolicismo liberal. Tiene éste como punto de partida la llamada "intolerancia de la Iglesia" y la libertad humana extendida a todos los sectores del pensamiento y de la vida. El método seguido por estos católicos liberales consiste en proclamar bien alto que ellos son católicos, desde luego; pero también que son hombres de este siglo, es decir, según las palabras usadas por estos teólogos de la anti-Verdad, "miembros de una humanidad ya madura y en edad de gobernarse a sí misma". Como lógica consecuencia de este pecado de orgullo, las directivas pontificias les harán sonreír, porque, ¿dónde comienza, dónde termina la autoridad infalible del Papa? Y puesto que no queda otra alternativa, habrá que peregrinar del Papa "mal informado" (léase: el Vicario de Cristo) al Papa "bien informado" (léase: ellos y sus doctores). Louis Veuillot, que, como dijimos, es realista, no se deja encandilar por espejismos y demuele con extraordinaria potencia dialéctica e ironía estos sofismas envueltos en un indudable tufillo protestante. Naturalmente, el catolicismo liberal, especial destinatario de estas líneas, no se quedó quieto. Una acusación (su nombre vulgar es otro) fue Llevada ante el mismo Pío IX, quien expresó: "Estoy muy contento con este escrito; Louis Veuillot ha expresado todas mis ideas... Y las ha expresado perfectamente" (Advertencia de François Veuillot al t. X. de las Obras completas de su tío, Lethielleux, Paris, 1929). Ya antes (julio de 1864), con ocasión de haberle dedicado a éste su Vida de N. S. J. C., escrita en respuesta a la de Renán, Pío IX le había dirigido palabras llenas de dulzura y de real aprecio por su obra. Una, segunda carta (1866), esta vez como contestación al envío de su Perfume de Roma, renueva idénticos motivos, añadiendo el hecho de haber puesto nuestro autor ante los lectores 'la acción bienhechora del pontificado romano, cuyo magisterio están obligados a reconocer, y, ... por ende, execrar perpetuamente las abominables maquinaciones mediante las cuales se esfuerzan en apagar y derribar este faro de la verdad y de la civilización" (ambas cartas, preciosos títulos a favor del Veuillot verdadero, pueden leerse íntegras en el Apéndice a la edición francesa de Perfume de Roma, Lethielleux, 1911, 16a ed., t. II, p. 493-496). Tales las palabras del autor del *Syllabus*, documento pontificio cuyo centenario acaba de cumplirse el 8 de diciembre último, rodeado de un silencio impresionante (diarios presuntamente llamados católicos, que años antes publicaran a toda página una propaganda del Rearme Moral, movimiento de neta inspiración protestante, ni siquiera se han dignado dedicar unes líneas a ese documento pontificio).

La ilusión liberal expresa idéntico fondo doctrinal, No es extraño, entonces, que se haya tratado de aplastar estas páginas de Veuillot bajo la plúmbea indiferencia de los católicos liberales y de los

otros que no lo son. Pero aquí están, ellas y su autor. A ambos hemos intentado tributar el modesto y cálido homenaje de nuestra admiración.

MANUEL E. FERREYRA

MENTALIDAD DEL CATOLICO LIBERAL

¡Sensible a la herejía...! No hace mucho, al escuchar perorar largamente a un hombre, el más honrado que imaginarse pueda, piadoso, ocupado en obras buenas, erudito, ardiente, pleno de bellas ilusiones, pero lleno también, por desgracia, de sí mismo, comprendí toda la verdad y la profundidad de esta expresión : ¡Sensible a la herejía...!

Este hombre se había proclamado católico “liberal”.

Se le preguntó entonces qué es un católico liberal, con relación al católico puro y simple, que cree y practica lo que enseña la Iglesia. El ha respondido: ¡No hay ninguna diferencia!, para después explicar que el católico puro y simple es un católico poco ilustrado. Se le objetó: Entonces, según su parecer de católico liberal, ¿la Iglesia Católica es poco ilustrada? Por toda respuesta, se lanzó a distinciones y con-fusiones bastante torpes entre la Iglesia y la Curia romana. A propósito de Breves, Cartas latinas y En-cíclicas publicadas en estos últimos tiempos, la Curia romana le venía muy bien para salir del paso. Empero, algo había ahí que no andaba.

Constreñido a explicarse más claramente sobre esas palabras poco ilustrado, comenzó una digresión acerca de la libertad humana, sobre' los cambios que se habían operado en el mundo, las épocas de transición, los abusos y las inutilidades de la violencia, el peligro de poseer privilegios y la conveniencia de renunciar definitivamente a ellos, etc., etc. En toda esta cháchara reconocimos diversos trozos de las doctrinas revolucionarias que se disputan el campo, o mejor dicho, se atropellan desde 1830. El núcleo de su pensamiento pertenecía a Lamennais y hasta podría encontrarse allí algo de Proudhon. Pero lo que más nos sorprendió fue la insistencia con la cual nuestro católico liberal nos calificaba de católicos intolerantes.

En este punto se lo detuvo. 'Olvidando esta vez a la “Curia romana”, confesó que lo que reprochaba a la Iglesia era su intolerancia. “Ella ha trabado siempre — elijo — los movimientos del espíritu humano. Basándose en el principio de intolerancia, ha constituido un poder secular mucho más molesto aún. Este poder ha esclavizado a la misma Iglesia en mayor proporción que el mundo mismo. Los gobiernos católicos se han entrometido a fin de imponer la fe, originando esto, como consecuencia, brutalidades que han rebelado a la conciencia humana precipitándola en el abismo de la incredulidad. La Iglesia muere a causa de los auxilios ilegítimos que ella misma se ha buscado. Ha llegado el tiempo de cambiar de máximas. Menester es que la Iglesia renuncie a todo poder coercitivo sobre las conciencias, ya que niega ese poder a los gobiernos. No más alianza entre la Iglesia y el Estado: que la Iglesia no tenga ya nada en común con los gobiernos, que a su vez éstos nada tengan en común con las religiones, ni se mezclen más en estos asuntos. Cada uno puede profesar a su antojo el culto que ha escogido según su parecer; como miembro del Estado, como ciudadano, el individuo no tiene culto propio. El Estado reconoce todos los cultos, asegura a todos idéntica protección, les garantiza igual libertad; tal es el régimen de la tolerancia. Y nos conviene proclamarlo bueno, excelente, saludable, mantenerlo a cualquier precio y ampliarlo constantemente. Hasta se puede decir que este régimen es de derecho divino: Dios mismo lo ha establecido al crear libre al hombre, y lo pone en práctica haciendo salir el sol tanto para los buenos como para los malvados. Con respecto a aquellos que desconocen la verdad, Dios tendrá su día de justicia, puesto que el hombre no tiene derecho a anticiparse. Cada Iglesia, libre dentro del Estado libre, incorporará sus prosélitos, dirigirá a sus fieles, excomulgará a sus disidentes. El Estado no tendrá nada que hacer con estas cosas, ni excomulgará a nadie, ni será jamás excomulgado por nadie.

La ley civil no reconocerá ninguna inmunidad eclesiástica, ninguna prohibición religiosa, ningún vínculo religioso: el templo pagará el impuesto; el seminarista hará el servicio militar, el obispo será juez y guardia nacional; el sacerdote se casará si quiere, se divorciará si quiere, y so volverá a casar también si quiere. Por otra parte, no más incapacidades y prohibiciones civiles, como tampoco inmunidades de cualquier género que fueren. Toda religión podrá predicarse, tener su culto externo, sus procesiones, sus anatemas, sus servicios fúnebres según la propia fantasía, y los ministros de cada religión serán todo lo que puede ser un ciudadano cualquiera. Nada impedirá, por parte del Estado, que un obispo se halle al frente de su regimiento como guardia nacional, tenga negocio, forme empresas; nada impedirá tampoco que su Iglesia, o el Concilio, o el Papa puedan deponerlo. El Estado solamente reconoce hechos de orden público".

II

Nuestro católico liberal se entusiasmaba mientras se oía decir esas maravillas, de pensamiento. Y afirmaba que nada podía respondérsele, pues la razón la fe y el espíritu del siglo hablaban por su boca. En cuanto a esto último, nadie lo negaba. Por lo que toca la razón y a la fe, no se le ahorraban objeciones pero ante ellas alzaba los hombros en señal de indiferencia y no quedaba nunca sin replicar. Cierto en que nada le costaban las afirmaciones absurdas y las contradicciones enormes. Partía siempre del mismo principio, protestando que él era católico, hijo de la Iglesia, el hijo sumiso; mas no por eso dejaba de ser menos un hijo de este siglo, miembro de una humanidad ya madura y en edad de gobernarse a sí misma. Frente a los argumentos sacados de la historia respondía que la humanidad madura es un mundo nuevo ante cuya presencia la historia no probaba ya nada. Frente a las sentencias de los Santos Padres unas veces oponía otras diversas, o bien decía que los Santos Padres habían hablado para su época, pero que nosotros debemos pensar y obrar para la nuestra y con la nuestra. Ante los textos de la S. Escritura, o bien desechaba aquellos que le parecían contrarios a su pensamiento, o fabricaba una glosa que lo apoyaba, o, finalmente, decía que esto era apto para los judíos y para su pequeño Estado particular. Tampoco lo turbaban las Bulas dogmáticas de la "Curia romana": la Bula Unam Sanctam, de Bonifacio VIII, le hacía sonreír, y pretendía haber sido ya retirada o reformada[2]. Se le dijo entonces que los Papas la habían insertado en el Corpus Juris de la Iglesia y que seguía estando allí. A lo que respondía: "Eso es ya viejo, y el mundo ha cambiado mucho desde entonces". Por lo mismo encontraba demasiado envejecidas la Bula In Coena Domini y también las Bulas subsiguientes. "Éstas son — decía — fórmulas disciplinarias hechas para la ocasión, y que hoy ya no tienen razón de ser. La Revolución Francesa ha enterrado esas directivas junto con el mundo sobre el cual pesaban. Las cadenas han caído; hoy el hombre es capaz de libertad y no quiere ya otra ley que esta".

"Este régimen que desconcierta vuestra timidez — proseguía — es, empero, el que salvará a la Iglesia, el único que puede salvarla. El género humano todo se pone de pie para imponerlo y preciso será experimentarlo; lo cual está ya hecho. ¿Quién puede resistir esta fuerza triunfante? ¿Quién sueña en ella? Católicos intolerantes: vosotros sois ya más absolutos que Dios Padre, que ha creado al hombre para la libertad; más cristianos que Dios Hijo, que no ha querido establecer Su ley sino por la libertad; más católicos que el Papa, pues el Papa consagra, al aprobarlas, las constituciones modernas que se hallan todas inspiradas y plenas de espíritu de libertad. Digo que el Papa, el Vicario de Jesucristo aprueba tales constituciones ya que permite se les preste juramento, obediencia y defensa. Pues bien, la libertad de cultos se encuentra en ellas; el ateísmo de Estado se encuentra en ellas. Menester es pasar por esto; y vosotros pasaréis a no dudarlo. Entonces, ¿para qué tanto ruido? Vuestra resistencia es vana;

---

[2] (Nota del Traductor). No exagera por desgracia el autor; por el contrario, creemos que se queda corto. En efecto, en ciertos medios católicos existe una deformación "consciente o sugerida, pero metódica y constante" de las enseñanzas pontificias. Para tales ambientes, las Encíclicas "ahogan el pensamiento, paralizan la ciencia y ponen barreras al progreso". Y hacen inverosímiles malabarismos dialécticos a fin de escapar a sus prescripciones y a sus anatemas, llámense *Quanta cura* (y *Syllabus*), *Pascendi*, *Libertas* o *Humani Generis*. Es que ya no se quiere "*sentire cum Ecclesia*". ¡Esta Iglesia nuestra es tan vieja! Acerca del magisterio pontificio, véase el magnífico estudio de Dom Paul Nau, El magisterio pontificio, lugar teológico, en Verbe, nº 36/1962.

vuestros lamentos no son solamente insensatos, son criminales. Ellos hacen odiar a la Iglesia y nos dificultan mucho a nosotros mismos, liberales, que somos vuestros salvadores, haciendo sospechar de nuestra sinceridad. En lugar, pues, de atraer sobre vosotros una derrota cierta y probablemente terrible', corred hacia la libertad, saludadla, abrazadla, amadla. Ella os dará más de lo que vosotros jamás podríais conseguir. La fe se estanca bajo el yugo de la autoridad que la protege. Obligada a defenderse, en cambio, se elevará: el ardor de la polémica la volverá a la vida ¿Qué es lo que no intentará la Iglesia cuando pueda emprender todo? ¿Cómo no llegará al corazón de lo pueblos cuando la vean, abandonada de los poderoso del mundo, vivir únicamente de su genio y de sus virtudes? En medio de la confusión de las doctrinas, de: desborde de las costumbres, ella aparecerá como la única pura, la única afirmada en el bien. Ella será el último refugio, la fortaleza inexpugnable de la moral, de la familia, de la religión, de la libertad"[3].

III

Pero todo tiene sus límites. Y el aliento de nuestro orador encontró los suyos. Como realmente nos interesaba, si no por la novedad de sus doctrinas, al menos por su franqueza en exponerlas, se lo dejó llegar hasta el final sin interrumpirlo. Mas no pudiendo ya cobrar nuevo aliento, él mismo se interrumpió. Alguien aprovechó esta circunstancia para hacerle ver lo vacío de sus fórmulas, la incoherencia de sus razonamientos, la inanidad de sus esperanzas. Y él escuchaba todo esto con la fisonomía del hombre que se preocupa menos en sopesar lo que se le dice que' en buscar la contrarréplica.

Debo confesar que su adversario, si bien firme y pleno de buen sentido, no me satisfacía. Ciertamente esperaba cosas excelentes, irrefutables, y ninguno de los presentes dejaba de darle la razón de todo corazón. Pero, interiormente, yo ensanchaba mucho más esta escena, recurría a otro público, y de inmediato experimentaba la profunda impotencia de esta razón.

En estas materias, es la multitud la que se pronuncia, movida y acicateada únicamente a impulsos del sentimiento. La razón es un peso que ella no puede llevar. La multitud obedece a pasiones, ama la destrucción, aplaude cuando su instinto adivina que se trata de derribar algo. ¡Y qué cosa más excelente de derribar que la Iglesia! Así se explica el éxito de las herejías, absurdas todas, combatidas todas por razones invencibles, triunfantes todas de la razón durante un cierto tiempo, que no fue casi para ninguna de corta duración.

Debilitada por el pecado, la humanidad se inclina naturalmente al error, y la pendiente del error lleva a la muerte, o mejor aún, el error es la muerte misma. Este solo hecho, por todas partes evidente, demuestra que el Poder se halla en la obligación de confesar él mismo la verdad y de defenderla mediante la fuerza que la sociedad la pone en sus manos. La sociedad no puede vivir más que con esta condición; ni siquiera ha intentado nunca vivir de otra manera. Ningún filósofo o sabio del paganismo se ha forjado un ideal de jefe de Estado que no fuese a la vez el defensor armado y resuelto de la verdad y de la justicia. Jetró da este consejo a Moisés: "Escoge de entre todo el pueblo sujetos de firmeza y temerosos de Dios, amantes de la verdad y enemigos de la avaricia, y de ellos establece tribunos, centuriones y cabos de cincuenta personas y de diez" (Ex. 18, 21). Cicerón, en la otra extremidad del mundo antiguo, 'es-cribe: "Un Estado, al igual que una casa, no puede existir si los buenos no son recompensados y los malos castigados" (De natura deorun). Este deber de apoyar la justicia y, por ende, de confesar la verdad, pertenece a la esencia misma del gobierno, independientemente de todas las constituciones y de todas las formas políticas. Cuando Dios amenaza al pueblo rebelde, le dice: "En mi indignación te di un rey, y en mi enojo te lo quitaré" (Os., 13, 11). Toda la Escritura se halla llena de este resplandor. Pero qué importa la razón divina y la razón humana, cuando la ignorancia reina. Del seno

[3] (Nota del Traductor). Creemos estar escuchando la falsa dicotomía de quienes se permiten hablar, desaprensivamente, de una Iglesia de la C.G.T. y otra Iglesia de los ricos; todo esto en medio de una profusión de fotografías, como si fuesen estrellas de cine, en un diario anticlerical. Para estos teologuitos de 28 años, vayan estas palabras de Veuillot: "Sus intenciones han podido ser excelentes, pero han hecho mal el bien, y muy bien el mal" (L'Univers del 22/11/1876).

de la multitud se eleva entonces no sé qué niebla espesa que oscurece hasta las inteligencias superiores, encontrándose en abundancia los sapientes que no verán claro más que a los resplandores del incendio desencadenado. Cuando se estudia este fenómeno aparece tan extraño y tan terrible, que es menester reconocer en él algo de divino. Es que la cólera de Dios estalla, triunfa, castiga el largo desprecio de la verdad.

IV

Nuestro liberal había tornado aliento, y reanudó su discurso. Se vio bien entonces que lo que él acababa de escuchar no le había causado ninguna presión, si es lo que había escuchado. Añadió fuertes frases a las que ya había dicho en gran abundancia; pero nada nuevo. Fue una mezcla más burda de argumentos históricos en contra de la historia: argumentos bíblicos en contra de la Biblia, argumentos patrísticos contra la historia, contra la Biblia, contra los Padres, y contra el sentido común. Dio muestras del mismo desdén para con las Bulas de los Papas, se extravió en los mismos énfasis y en los mismos vaticinios. Alegó en su favor al mundo nuevo, a la humanidad emancipada, a la Iglesia durmiente y pronta a despertarse a fin de rejuvenecer sus símbolos. Y como los falsos adornos que las mujeres expanden sobre sus cabelleras teñidas, hallábanse mezclados en su perorata el pasado muerto, el porvenir radioso, la libertad, el amor, la democracia, la humanidad. Todo lo cual no pareció más claro ni más verdadero que la primera vez. Se dio cuenta de esto, nos dijo que nosotros nos separábamos del mundo y de la Iglesia viviente que sabría a su vez separarse de nosotros, y casi nos maldijo, dejándonos consternados por su insensatez.

Los presentes expresaron su pena por ello y dieron algunas razones después de tantas extravagancias. Por lo que a mí respecta, sentí pesar, como los demás, al ver un hombre tan cortés envuelto en tan grande error. Pero, puesto que al fin de cuentas estaba en él, no me fue' enojoso el haber presenciado el espectáculo y aprovechado la lección.

Hasta entonces, yo no haba vista al católico liberal sino mezclado en la piel de antiguo católico integral, es decir, “intolerante”. No había escuchado más que la tesis oficial, la que nunca está completa, y toma siempre una fisonomía personal que el partido puede aconsejar. Este liberal entusiasta acababa de suministrarme la gnosis al mismo tiempo que la tesis exterior. En lo sucesivo poseía al católico liberal a fondo; sabía de memoria sus sofismas, sus ilusiones, sus empecinamientos, su táctica. Por desgracia, nada de todo esto era para mí nuevo. El católico liberal no es ni católico, ni liberal. Entiendo decir por ello, sin dudar todavía de su sinceridad, que él no tiene ni la verdadera noción de libertad, ni el verdadero, concepto de la iglesia. Católico liberal, sí, tanto como quiera. Pero lleva un carácter más conocido, y todos sus rasgos hacen reconocer igualmente en él a un personaje demasiado frecuente en la historia de la Iglesia: SECTARIO. He ahí su verdadero nombre.

V

FATIGA Y HORROR A LA VERDAD

. Este enemigo, no es de desdeñar, aunque no se halle provisto más que quimeras. Existen quimeras que la razón no debe afrontar sola pues sería derrotada, no por ellas mismas, sino por la complicidad de las almas.

Las almas se hallan enfermas de una terrible enfermedad: la fatiga y el horror a la verdad. En las almas que todavía son cristianas, esta enfermedad se manifiesta por una ausencia de horror a la herejía, por una continua complacencia en el error[4], por un cierto regusto de las acechanzas que tiende, a menu-

[4] (Nota del Traductor). Hay, en efecto, una verdadera complacencia en el error, unida ahora a esta psicosis reformadora que amenaza involucrar hasta los fundamentos mismos de la dogmática. Nos permitimos recomendar dos Instrucciones del Cardenal G. Siri: Ortodoxia, errores y peligros (1/VIII/1959), y

do por un vergonzoso ardor proclive a dejarse atrapar en ellas. El mal no es de hoy, sino que se halla en el corazón del hombre. "Me gusta ser engañado", dice San Agustín. El P. Faber ha descrito la fisonomía política de esas almas. La sirena liberal esconde su cola de pez, muestra un rostro florido y tiene la cruz en una mano. Fácilmente atrae al borde del abismo; seduce los ojos, la razón y el corazón. Si el espíritu de obediencia no nos ampara, somos atrapados. Y es menester velar sobre uno mismo a fin de no verse bien pronto transformado en otro.

El canto de la sirena encuentra ecos peligrosos. Muchas de las máximas llamadas liberales son falaces y más que embarazosas para todo aquel que no les oponga una contradicción absoluta.
Pues bien, sólo la fe proporciona tales refutaciones absolutamente victoriosas. Esto entraña un peligro, con sólo equivocarse sobre el significado de las palabras. La traición en las palabras concluye con la ruina de los principios en un espíritu secretamente tentado. No olvidemos que la herejía es experta en acariciar todas las debilidades y aprovechar todas las ambiciones. El catolicismo liberal es un ropaje de gran comodidad: ropaje de corte, ropaje de academia, ropaje de gloria; da los colores del orgullo sin transgredir los consejos de la prudencia; entra a la Iglesia y es recibido en todos los palacios y hasta en todas las tabernas.

De aquí grandes ventajas; y ventajas a bajo precio. Algunos términos liberales aceptados, ciertos vocablos "intolerantes" repudiados, menos aún, un ¡hurrah! para éste, un ¡abajo! para aquél, y eso es todo: la Iglesia liberal no exige otra profesión de fe. Se pronuncian entonces las palabras sacramentales y con ello se ha adelantado mucho. Este simple desplazamiento de palabras trae muy pronto como secuencia un inmenso desplazamiento de ideas. Llega después algún hábil abogado que sepa echar un velo de hermosas ilusiones sobre las desnudeces de la conciencia interesada en engañarse de ahí en adelante, y la tesis liberal triunfa. Lo verdadero parece falso, y viceversa. Se dice cualquier cosa y se repiten enormidades. No existe ya dificultad alguna en admitir que, desde hace un siglo, todo ha cambiado mucho, no solamente sobre la tierra, sino también en el cielo; sobre la tierra existe ahora una nueva humanidad; en el cielo ya hay un nuevo Dios. He aquí lo característico de la herejía. Formalmente, o implícitamente, toda herejía ha proferido esta blasfemia. Mas detengámonos aquí un instante.

VI

Coloquémonos a la entrada de una iglesia. Entre los fieles que vienen a escuchar misa reunamos unos cincuenta hombres al azar, y remontémonos a veinticinco o treinta años atrás: encontramos que la mayor parte de los que acabamos de reunir, o no eran hombres hace treinta años, o andaban errantes, fuera de la verdad. Pasa casi lo mismo con todos los vivientes. En lenguaje cristiano podemos decir de la gran mayoría de los hombres, o que ni siquiera han nacido, o que ya están muertos y no sirven más que para comunicar la muerte.

¡Y todo esto, toda esta multitud de infantes, de larvas, de cadáveres, es la humanidad envejecida y madura, perfeccionada y conclusa! Ella está en adelante en plena potencialidad de razón, de luz, de justicia, capaz, finalmente, de gobernarse a sí misma. Y si Dios pretende seguir gobernándola aún, sólo será con mayores miramientos que en el pasado, mediante leyes que Él le inspirará directamente, o que ella sabrá encontrar por sí misma, sin necesidad de Él, leyes cuyo secreto, en todo caso, Su envejecida Iglesia ya no posee.

Los Padres han afirmado rotundamente que la Iglesia no envejece nunca, *Ecclessia insenescibilis*; pero los mismos Padres ya son viejos y la Iglesia ha envejecido, es caduca. El Espíritu Santo, que no piensa ya lo que pensaba antaño, no revela más a la Iglesia lo que Él piensa; y ella no lo sabe. Por consiguiente, el Espíritu Santo ha cambiado de rumbo; luego, el Dios eterno ha llegado a ser otro, como otra ha llegado a ser la humanidad, a la que Sus antiguas directivas no pueden servirle más.

El liberalismo católico adopta implícitamente esta concepción más que protestante acerca de la

---

Ortodoxia, debilidades y compromisos (7/VII/1961), curiosamente silenciadas.

vitalidad de las Sagradas Escrituras, sobre su inspiración y sobre su interpretación por la Iglesia. Él nos propone traguemos esas impertinencias, si no queremos ver al género humano apartarse de nosotros. Y da el ejemplo de ello retirándose. Pero al separarse, es a la Iglesia a la que él acusa de separarse. Nuevo rasgo también de herejía.

VII

Yo no digo que los católicos liberales son herejes. Para ello sería menester primeramente que quisieran serlo. De muchos de ellos afirmo lo contrario; de los demás no sé nada, y no me toca a mí el juzgarlos. La Iglesia se pronunciará, si es preciso, cuando sea tiempo, Mas, sean cuales fueren sus virtudes y el buen deseo que los anima, creo que nos aportan una herejía, y una de las herejías más rotundas que se hayan visto.

No sé si el mundo escapará a ella. Lo dudo. El liberalismo católico y el espíritu del mundo son consanguíneos. Va el uno hacia el otro por mil pendientes que confluyen. En la vasta turbamulta .de los ateos, de los deístas, de los eclécticos, de los ignorantes, de los sedicentes investigadores, existen muchas conciencias débiles que no piden más que una religión cómoda, "tolerante". Hasta en la misma Iglesia se encontrarían, sin duda, los fatigados, los tentados, los temerosos, que no quisieran ser abiertamente apóstatas, ni romper abiertamente con el mundo. En Italia vemos a excomulgados que se obstinan en decir misa, y que hubiesen protestado sinceramente si alguien, hace cinco o seis años, les hubiese pronosticado esta caída... La herejía, que no niega totalmente la verdad, ni afirma enteramente el error, abre un cauce a esas aguas presuntuosas; y se precipitan en ellas por dos vertientes opuestas, y así se aumenta el torrente.

VIII

CONTRA LA HEREJÍA, PEDRO

Cuando la herejía se desborda, no hay más que un terreno insumergible, no hay más que un refugio: la PIEDRA inconmovible. *Tu es Petrus... et non praevalebunt*. No es ésta una piedra rodante, dice el obispo de Tulle, que hoy esté en un lugar, ayer estuvo otro, y mañana en quién sabe cuál. Tampoco es una piedra inconsistente, que los hombres puedan modelar a su antojo. La PIEDRA tiene su lugar, su materia, su forma, y todo es inmutable. La PIEDRA no se modela a sí misma para el tiempo, para ser de su "tiempo".

Muy a menudo se escucha que la Iglesia debe ser de su tiempo. Esto, es, por lo menos una tontería. La Iglesia es de su tiempo, lo ha sido y lo será siempre, porque ella pertenece a todos los tiempos. Si tal es lo que se quiere expresar cuando se dice que la Iglesia es de su tiempo, no se hace otra cosa que un gasto de palabras inútiles. Desgraciadamente, en la gnosis liberal, esas palabras insignificantes reciben un sentido que horroriza. La Iglesia debe ser de su tiempo aún cuando la "época" quiere que ella no lo sea, y, por una consecuencia natural, Dios también debe ser de su tiempo, vale decir, que Dios también debe transcurrir con el instante y no recomenzar con él sino cuando la mano del hombre se digne dar cuerda al reloj. En otras palabras, no hay Iglesia, y el hombre crea a Dios. Estas fórmulas caracterizan la época que las admite. En verdad, atravesamos una orgía de estupidez.

Salgamos de ella; aferrémonos a lo inmutable, implacablemente negado e insultado. Pedro es la roca eterna, y esta roca, prefigurada en las S. Escrituras, es la montaña de salvación, aquella en la cual Dios ha querido habitar. Al dirigirse a Simón y crearlo Pedro, Nuestro Señor le dice: Tú eres, al igual que de Si mismo dijo: Soy El que Soy. Tú eres escogido con un designio eterno para una obra eterna. Esto es así. Pedro, Palabra de Cristo (S. Juan Crisóstomo), dice eternamente la palabra divina; Pedro es desde toda la eternidad la PIEDRA puesta por Dios, la montaña en la que a Dios place habitar. Dios lo

ha querido así, y así lo ha hecho; y lo que Dios ha hecho no será ni deshecho, ni hecho mejor.

Ahora bien, ¿en calidad de qué reside Dios sobre esta montaña de su creación, sobre esta roca más consistente y de mayor duración que cualquiera de las cosas terrestres? En calidad de REY. Aquí el Liberalismo se derrumba totalmente.

IX
REALEZA DE CRISTO

Jesucristo es el rey del mundo, habla al mundo por su Sacerdote, y los decretos de este Sumo Sacerdote, por ser la expresión do los derechos reales de Jesucristo, son eternos. Ellos no se aplican a una época, sino a todas las épocas; no a una sociedad, sino a todas las sociedades, no a algunos hombres, sino a todos los hombres. Y como son dictados de acuerdo con la naturaleza de la Humanidad por el Creador mismo de ella, por todas partes la sociedad humana tiene necesidad de ellos, por todas partes su instinto los llama a fuerza de gritos, de gemidos, de perturbaciones renacientes, de dolores inenarrables; pues fuera de su imperio nada de bueno existe, o nada de bueno posee la plenitud y la seguridad de la vida. He ahí por qué no existe tiempo, ni sociedad, ni hombre de quien los fieles de Cristo no deban, cuando pueden, exigir alguna forma de obediencia a los decretos del sacerdote de Jesucristo rey del mundo.

Los hijos de Cristo, los hijos del Rey, son reyes. Forman una sociedad absolutamente superior, que debe apoderarse de la tierra y reinar en ella a fin de bautizar a todos los hombres y elevarlos a esta misma vida sobrenatural, a esta misma realeza y a esta misma gloria que les ha destinado Cristo. Ellos deben tender a este fin, porque la dominación universal de Cristo será la única que realizará la libertad universal, la igualdad universal y la fraternidad universal. Porque la libertad debida al hombre consiste en alcanzar su fin sobrenatural, que es ir a Cristo; y no se ha visto nunca otra sociedad, a no ser la de los discípulos de Cristo, que reconociese a los hombres como iguales y hermanos.

La sociedad cristiana, en su estado normal, se mantiene y se extiende mediante dos fuerzas que deben ser distintas, no separadas; unidas, no confundidas; subordinadas, no iguales. Una es la cabeza, la otra el brazo; una es la palabra suprema y soberana de Pontífice, la otra el poder social.

Siendo la sociedad cristiana primeramente y ante todo cristiana, somete todo a esta primera ley, y pone todas las cosas en su lugar, porque pone primero en su lugar a su único verdadero Dueño y Señor, Jesucristo.

Lo coloca en su lugar soberano en la sociedad, así como todos los fieles lo colocan en su lugar soberano en las almas. De aquí nacen el orden, la libertad, la unidad, la grandeza, la justicia, el imperio, la paz.

Así, a través y a pesar de los desgarramientos suscitados por las pasiones de la debilidad humana, se formó en su magnífica diversidad, esta comunidad de Europa que se pudo llamar la República o aun la Familia cristiana; obra maravillosa, quebrada por la herejía cuando la paz interior y el progreso de las artes le prometían la gloria de extender al género humano todo el beneficio de la Redención. Si la unidad católica hubiese sido mantenida durante el siglo XVI, no habría ya ni infieles, ni idólatras, ni esclavos; el género humano sería hoy cristiano, no sólo por el número sino también por la diversidad de las naciones en la unidad de la creencia, y escaparía así al despotismo universal que tan de cerca lo amenaza.

X
LAS DOS ESPADAS

Estos dos poderes unidos, distintos y subordinados, mediante los cuales se rige la sociedad cristiana, se denominan las dos espadas, Porque la palabra no seria nada si, en ciertos momentos, no pudie-

se ser también una 'espada. La mansedumbre de. Cristo ha querido dos espadas, a fin de que la represión cayese más tardíamente y pudiese ser prevista.

La primera espada, la que no desgarra más que las tinieblas, pertenece al poder paciente e infaliblemente iluminado del Pontífice. La otra, la espada material, se halla en manos del representante de la sociedad, y, a fin de que no yerre, debe obedecer al pensamiento del Pontífice. Es el Pontífice quien la hace desenvainar y quien la hace tornar luego a su lugar. Su oficio consiste en reprimir el error agresivo una vez definido y condenado, en maniatarlo, en abatirlo; en dar protección a la verdad, sea que tenga necesidad de defenderse, sea que tenga necesidad de atacar a su vez. La mano secular debe dar paso a la verdad, asegurar la libertad de sus enseñanzas, preservar la vida de sus embajadores y de sus discípulos. A los Apóstoles se les dijo: "Id, enseñad a todas las naciones; bautizadlas". A todos se nos ordena orar a fin de que el reino de Dios llegue: Adveniat regnum tuum. Cristo no ha mandado nunca nada injusto. Ese mandamiento implica el deber para todos los pueblos de recibir a los enviados de Cristo y da a la sociedad cristiana al menos el derecho de protegerse. Bastante es que ellos soporten el exilio, el hambre, los trabajos, los desprecios, que mueran en la miseria y sean devorados por las bestias feroces. La república cristiana tiene el derecho de exigir que no encuentren todavía el verdugo y que sus neófitos, habiendo entrado en la familia, sean sagrados como ellos. Tales son los empleos de la fuerza que obedece al mandato del Pontífice. Le pertenece a ella cumplimentar esa orden divina dada a Pedro, investido ya del principado: "Levántate, mata y come". Es decir, según la interpretación de los Padres: Mata el error, que es la muerte, y transfórmalo en tu luz, que es la vida.

XI

Cuando decirnos estas cosas, el librepensamiento grita: ¡Teocracia!, como si gritara: ¡Al asesino! Finge entonces terrores tales que nos espantan a nosotros mismos mucho más de lo que él lo está. Mediante esto exalta la prudencia hasta el delirio, hasta a traición a la verdad; impide la reivindicación y hasta la expresión más legítima y más necesaria del derecho cristiano.

Claro es que esa prudencia está más que suficientemente motivada. Cuando los librepensadores fingen temblar, se creen dispensados de razón y de justicia y la Iglesia puede entonces esperar la persecución. El católico liberal no desdeña tocar esta cuerda sensible: "¿Predicaréis acaso la teocracia? ¿Queréis hacernos lapidar?". Sin embargo, pues nuestros adversarios son irremediablemente injustos, ¿es menester que seamos absolutamente cobardes, cuando la primera condición de la libertad a la que ellos nos convidan no es otra cosa que el no ver nada, no saber nada, no hablar nada, no pensar nada? Afrontemos las artimañas de las palabras, a fin de que los lacayos y los sirvientes del pretorio, en donde el librepensamiento pretende juzgar a Cristo, no nos hagan decir:"Yo no conozco a este hombre". Debemos obediencia a la Iglesia en los limites que ella misma ha fijado, los cuales por otra parte son lo bastante amplios como para que la rebelión y el orgullo no mueran asfixiados. Si esta obediencia es la teocracia, quienes tienen miedo de ella sinceramente, no lo tienen lo bastante para otras cosas. En la vida pública tanto como en la vida privada, no hay más que un medio de escapar al reinado del diablo, y es someterse al reinado de Dios. Detrás de nosotros hasta el presente, y en el presente mismo tenemos, en la historia, suficientes ejemplos del empleo que la autocracia humana suele hacer de las dos espadas. No sería preciso remover cielo y tierra para encontrar el pueblo que ganaría todo, comenzando por la vida, si el Vicario de Jesucristo, el Rey espiritual, pudiese decir al rey temporal: "Mete tu espada en la vaina".

XII

El cristiano es sacerdote, el cristiano es rey, y está hecho para una gloria más alta. Dios debe reinar en nosotros, por nosotros, a fin de que merezcamos reinar con El. He aquí reglas de fe que no po-

demos apartar de nuestros reglamentos de vida política. Nuestro rango es sublime, nuestra dignidad es divina; no podemos renunciar al destino presente, presente, ni declinar las obligaciones augustas y apremiantes, — deberes de Orden particular y de Orden público —, sin abdicar al mismo tiempo de nuestra dignidad futura. No tenemos la riqueza, la fuerza, la libertad, la vida, ni poseemos nada que sea para nosotros solamente. Cada don que recibimos debe servir de protección para el alma y el cuerpo de nuestros hermanos más débiles e ignorantes. Ahora bien, la protección debida a los débiles consiste en establecer leyes que les faciliten el conocimiento de Dios y la comunicación con Dios. Seremos examinados y juzgados allá arriba, y ningún cristiano puede creer que en el día en que se le pida cuenta de los pequeños abandonados con desdén o defendidos sin constancia y sin amor, podrá justificarse respondiendo como Caín: "¿'Soy yo acaso custodie de mi hermano?".

XIII

¿Qué significa el argumento de la libertad humana, que vuelve sin cesar por mil caminos tortuosos y envuelto en las tesis del catolicismo liberal? Que el hombre posee la facultad de hacer el mal y de no hacer el bien. ¿Quién lo ignora y quién lo niega? ¡Extraña locura ésta de concluir que Dios, al dejar al hombre esta facultad, le da el ejemplo y el modelo de la indiferencia entre el bien y el mal, entre la verdad y el error! La reflexión más superficial muestra la abundancia de los divinos y misericordiosos obstáculos con que Dios ha rodeado al mal ejercicio de poder escoger y de abstenerse. El nos quita el recurso a la nada y no nos da a decidir más que entre dos eternidades. Abstenerse es haber escogido. ¡He aquí lo que se llama con tanto énfasis la libertad humana!

Este miserable *quid pro quo* es la base sobre la cual se halla edificada toda la doctrina liberal. No, no hay libertad humana en este sentido peligroso; Dios no ha hecho este comprometedor presente para seres falibles. Sólo Dios es libre. El nos ha dado el libre albedrío, no la libertad.

Lo que tenemos en verdad la libertad de hacer es lo que podemos hacer impunemente en presencia de la justicia perfecta. Y bien, ¿podemos impunemente no obedecer a Dios, ni servirle, ni procurar en todo cuanto esté de nuestra parte que Dios sea obedecido y servido? ¿Podemos impunemente no escuchar a la Iglesia?

Tales son los verdaderos términos de la cuestión. Todo esfuerzo por eludirla, sea cual fuere el éxito que obtenga, no es otra cosa que la vana prueba de una fútil dialéctica.

Con ocasión de la Encíclica *Quanta cura*[5] hemos visto multiplicarse esos juegos frívolos. Diversas explicaciones de la Encíclica, más o menos respetuosas en la forma, la reducían en el fondo a muy poca cosa, por no decir a nada. Esto tuvo éxito. Al cabo de un año, son tales explicaciones las que parecen muy poca cosa, casi nada. En esas explicaciones hemos leído que la Encíclica no contiene "más que la condenación necesaria y legítima de la *libertad ilimitada*".

La Encíclica no se ocupa de la libertad ilimitada, que es una locura y una herejía contra los gobiernos, herejía de la cual ellos mismos saben defenderse muy bien. La Encíclica advierte a los católicos de; peligro en el que embarcarían a sus hermanos y a ellos mismos al preconizar, con desdén hacia las enseñanzas de la Iglesia, ciertas afirmaciones temerarias que ella califica en bloque como *libertades de perdición* ("Libertatem perditionis"). La Encíclica traza un esquema de ellas, y el *Syllabus* precisa sus rasgos más sobresalientes. Clara es que las notas dadas a los delirios del indiferentismo, de la incredulidad o de la herejía caracterizada, se refieren poco a los fieles. Pero si se quiere escrutar los errores señalados como contrarios a los derechos de la Iglesia, a su poder, a la obediencia que le es debida, entonces se reconocerá la "libertad de perdición".

Y a ésta, los poderes seculares no la combaten como a la demencia de la libertad ilimitada, sino al contrario, la favorecen y hasta la imponen. Su instinto no los engaña. Todo lo que emancipa al hombre del poder de Dios lo subordina a los poderes de este mundo; la barrera que franquea desafiando las

---

[5] La célebre Encíclica del 8 de diciembre de 1864, que promulgó el *Syllabus*.

defensas divinas es siempre la barrera del Edén.

XIV
EL ESTADO ATEO

Encontrándose, pues, en esta situación frente a Dios y a la Iglesia, yo niego al cristiano, él, que debe obedecer, el derecho de delegar la desobediencia. Le niego el derecho, no solamente de crear, sino incluso de aceptar sin protestas un poder que se constituya independientemente de Dios.

El liberalismo católico niega que el poder pueda ser cristiano. Yo niego que impunemente pueda no serlo y que impunemente podamos dispensarnos de hacer todo lo que la religión manda y aprueba a fin de mantenerlo cristiano u obligarlo a que lo llegue a ser[6].

El poder que no es cristiano, así no tuviese ninguna otra religión, es el mal, es el demonio; es la teocracia al revés. Si nos viésemos forzados a soportar este mal y esta vergüenza, la vergüenza y la desdicha serán más grandes aún para el mundo que para nosotros. De él nos liberaremos por la gracia de Dios, y solos podremos liberar de ella al mundo. Pero provocar, fabricar con nuestras propias manos un gobierno ateo por principio, rendir pleitesía a esta cosa absurda y vil, sería traicionar al género humano. La humanidad nos pediría cuenta de esto ante Dios. Nos acusaría de haber apagado la lámpara, de haber sido los cómplices de las tinieblas en que reinaba la muerte.

Me parecía oír a Tertuliano dirigiéndose al fabricante de ídolos: "¿Puedes tú predicar a un solo Dios, tú que haces Dios a tantas otras cosas? ¿Puedes predicar al verdadero Dios, tú, que haces mentidos dioses? Acaso respondas: — Yo los hago, sí, pero no los adoro —. Mas la razón que prohíbe adorarlos, es la misma que prohíbe fabricarlos; es, por donde se la mire, una ofensa a Dios. Pero tú los adoras, tú, que eres la causa de que se los adore. Los adoras y les sacrificas la vida de tu alma, les inmolas tu genio, les ofreces en libación tus sudores; para ellos enciendes la llama de tu pensamiento. Tú, que eres para ellos más que un sacerdote, pues gracias a ti ellos lo tienen, siendo tu trabajo el que forja su divinidad". (*De idolatria*, 1.).

XV
LAS TRES TENTACIONES

Cierto es, el Liberalismo anuncia lo contrario. La lámpara, dice, brillará más, y es entonces cuando ella atravesará las tinieblas. Desde el momento en que seamos católicos de matices, católicos moderados, en fin, para decirlo con una sola palabra, católicos modernos, de inmediato convertiremos al mundo. En esto, los católicos liberales son inagotables. Esta ilusión, que acarician tiernamente, consuela su espíritu de los desfallecimientos del corazón, y la elocuencia que despliegan revela muy bien las violencias del apetito y la fuerza de la pasión de Esaú por las lentejas. Desgraciadamente, el cuadro seductor de las conquistas que la religión deberá hacer mediante el concurso del espíritu liberal, se halla dañado por un recuerdo difícil de olvidar.

Al comienzo del Evangelio de San Mateo, el Tentador se aproxima a Jesús retirado en el desierto, y advirtiendo que el hambre atormenta al Divino Maestro, le dice: "Haz que estas piedras se conviertan en pan". Jesús le responde: "No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra quo sale de la boca de Dios". Entonces el Tentador lo transporta al pináculo del Templo y le dice: "Si eres el Hijo de Dios échate de aquí abajo, pues escrito está: Que te ha encomendado a sus ángeles, los cuales te lle-

6 (Nota del Traductor). Sobre el particular, léase una y otra vez la conferencia pronunciada por el Cardenal Ottaviani el día del Papa (2/III/1953), en el Aula Magna del Ateneo Pontificio de Letrán, y publicada en la *Revista de Teología*, nº 18/1955, La Plata. Posteriormente, en el nº 23 de la misma revista, el canonista R.P. Bortolotti, S.J., se refería a *Tesis e hipótesis en las relaciones entre la Iglesia y el Estado*, finalizando así: "Todas aquellas teorías o corrientes que quieren elevar a sistema la *indiferencia* (el Estado laico, el Estado liberal), o fundan un sistema de *tolerancia* en el hecho de que el Estado es de por sí arreligioso, o son simplemente erróneas, tanto desde el punto de vista de la lógica como desde el dogma". Un clásico en esto, Mateo Liberatore: *La Iglesia y el Estado*, Buenos Aires, 1946 .

varán en sus manos, para que tu pie no tropiece con alguna piedra". Jesús le respondió: "También está escrito: No tentarás al Señor tu Dios". El Tentador hace entonces su último esfuerzo, y entrega su secreto: transporta al Salvador a un monte muy empinado, y mediante una visión, le muestra todos los reinos del mundo y su gloria, diciéndole: "Todas esas cosas te daré si, postrándote delante de mí me adorares". Jesús le respondió: "Apártate, Satanás; porque está escrito: Adorarás al Señor Dios tuyo, y a Él sólo servirás". Con esto le dejó el diablo, y he aquí que los Ángeles se acercaron y Le servían (Mat. 4, 3-11).

El liberalismo renueva esta escena: la Iglesia es pobre, tiene hambre; pero si la Iglesia se hace liberal, será rica, y las piedras se convertirán en pan. Pero el hambre que atormenta a la Iglesia, el mismo que atormentaba a Jesús, es la caridad. La Iglesia tiene hambre por alimentar a las almas quo languidecen en el error. El pan que ella quiere distribuirles, el pan que las hará fuertes, es la palabra salida de la boca de Dios, es la Verdad. El liberalismo le dice: Si sois de Dios, si tenéis la palabra de Dios, ningún riesgo correréis en abandonar el pináculo del Templo: echaos abajo, id hacia la muchedumbre que no llega ya a vos, despojaos de aquello que en vos a ella no agrada, decidle las palabras que le gusta escuchar, y la reconquistaréis; total, Dios está con vos. Mas las palabras que a la muchedumbre le gusta escuchar, no son precisamente las palabras salidas de la boca de Dios, y siempre está prohibido tentar al Señor.

Finalmente, el liberalismo hace su última tentativa: Yo tengo el mundo, y os daré el mundo si…

Y pone siempre la misma condición: *Si cadens adoraveris me*. Descended, caed, prosternaos ante la igualdad de los que no tienen Dios, y seguid a las gentes de bien que propondré a vuestra conducta después que hayan jurado no franquear jamás el umbral de una casa de oración. Entonces veréis cómo 'el mundo os honrará y os escuchará, y cómo Jerusalén renaceréis más bella que nunca.

"El rey de la nada — decía san Gregorio VII — promete llenar de presentes nuestras manos. De esta manera, príncipes de la tierra que ni siquiera están seguros por un día, osan hablar al Vicario de Jesucristo, y le proponen: Nosotros os daremos el poder, el honor, los bienes todos del la tierra, si reconocéis nuestra supremacía, si hacéis de nosotros vuestro Dios; si, prosternándoos a nuestros pies, nos adoráis".

¡Cuántas veces ha sido intentada esta seducción! A los Papas que persiguió, Federico de Alemania les prometía un vasto progreso de la Fe; Cavour creyó engañar a Pío IX con este espejismo; el Parlamento de Florencia, al mismo tiempo que multiplicaba las injurias y las depredaciones, abrigaba las mismas intenciones, mezcla de burla y estupidez. Las condiciones puestas por ellos no varían: salir del campo de Israel, abandonar esa estéril fortaleza de Roma, hacer oídos sordos a las enseñanzas de esta Arca santa que no omite nunca oráculos nuevos; en fin, prosternarse, adorar al Príncipe de la Mentira y creerle sólo a él.

XVI

Cosa horrible, y tanto más estúpida cuanto más horrible, la de proponer que sea el pueblo de Cristo el que acepte y escoja como jefes civiles a ignorantes que no saben que Jesucristo es Dios, o a granujas que lo saben y se empeñan en gobernar como si lo ignorasen. ¡Y hasta se prometen bendiciones divinas a hombres, a sociedades capaces de esta locura y de esta bajeza! No es esto lo que les anuncia el Espíritu Santo. Habiéndose consagrado los hijos de Israel a Beelfegor, Dios dijo a Moisés: "Toma todos los caudillos del pueblo, y hazlos colgar en patíbulos a la luz del sol, para que mi saña se retire de Israel" (Núm., 25, 4). He aquí una noticia para colocar en el legajo de la libertad de cultos. En otra parte se dice: "La justicia engrandece a las naciones; pero el pecado hace desdichados a los pueblos" (Prov., 14, 34). ¿Qué hace el liberalismo de esta enseñanza? ¿La declara abolida, o pretende que la justicia de que aquí se trata es el arte impracticable de mantener un equilibrio exacto entre Jesús, Lutero, Mahoma y Joseph Smith (fundador de los Mormones), entre Dios y Belial? Jesús no quiere

semejante equilibrio: "Quien no está Conmigo, en contra de Mí está" (Mat., 12, 30).

"Tened presente, emperador — escribía san Gregorio Magno —, que el poder os es concedido desde el cielo, a fin de que la virtud sea ayudada, las vías del cielo facilitadas, y el imperio de la tierra sirva al imperio del cielo". Tal la traducción que da Bossuet.

¡Pero claro, se trata de esos viejos dichos, de esas viejas ideas divinas! Hoy el mundo ha cambiado mucho. Y hay que seguir la corriente.

XVII
SEGUIR LA CORRIENTE

"Seguir la corriente": a esto se resumen esas famosas invenciones y esos grandes orgullos del liberalismo católico.

¿Y por qué seguir la corriente? Hemos nacido, fuimos bautizados, somos consagrados para remontar la corriente, corriente de ignorancia y de felonía de la creatura, corriente de mentira y de pecado, corriente de barro que lleva a la perdición y que debemos detener y trabajar por extirparla. No tenemos otra misión en este mundo.

Nuestra historia es el relato del triunfo de Dios, por la verdad despojadas de toda política humana con respecto a los gobernantes y con respecto al mundo. Los paganos eran liberales. Han pretendido pactar con la Iglesia. Pero no le pedían sino envilecer un poco a Cristo y hacerlo descender al rango de algo individual divino. Entonces el culto habría sido libre, Jesús habría tenido templos como Orfeo y como Esculapio, y hasta los mismos paganos, re-conociendo su filosofía superior, lo habrían adorado.

Al negociar este acomodo, y para ayudar a la transacción, el poder público, impulsado por los filósofos, los literatos, los judíos, los astrólogos y los apóstatas, perseguía a los cristianos. En las provincias sucedía que la persecución tomaba de una redada una iglesia entera, y el obispo, el clero, los fieles, los niños y los neófitos se hallaban de pronto ante el procónsul. A menudo el procónsul no les ponía nada más que una sola condición a fin de liberarlos. Y esos cristianos no deliberaban, ni se decían: ¿Qué llegará a ser la Iglesia y quién servirá a Dios si nosotros morimos? Confesaban simplemente al Dios único, y morían. Fue así como hicieron caer el acero de las manos del verdugo, la espada de las manos del Emperador y arrancaron al género humano del abismo. Mas aquello que habían afirmado cuando eran perseguidos, no lo negaron cuando fueron vencedores. Habían afirmado la realeza de Cristo, la establecieron, y la cruz del Lábaro dominó a la corona imperial.

El Caído, el gran artesano de herejías, se llama Satán, el *Adversario*; adversario de lo justo, de lo verdadero, del bien, al punto que lo que él propone es precisamente lo que no hay que aceptar. Así como antaño proponía la absorción en un mismo fin, por medios análogos y por los mismos órganos enemigos y engañosos, unas veces amenazante, otras seductor, propone ahora la separación. A los primeros cristianos decía: Abdicad la libertad, asimilaos al imperio. Hoy nos dice: Salid del imperio, ingresad a la libertad. Antes: uníos; hoy, separaos. Antaño, propuso una unión que hubiese envilecido a la Iglesia; hoy, una separación que envilecería a la sociedad. Ni esa unión convenía entonces, porque hubiese significado la absorción plena; ni esta separación sería buena hoy, porque sería su repudio. La Iglesia no repudia a la sociedad humana, ni quiere ser repudiada por ella. La Iglesia no ha humillado su dignidad, ni abdicará su derecho, es decir, en el fondo, su libertad real. Pertenece al interés del Adversario, no al interés de la Iglesia ni de la sociedad cristiana, el quitar la cruz a la corona y la corona a la cruz[7].

[7] La doctrina católica acerca de la separación de la Iglesia y del Estado va desde Gregorio XVI (*Mirari vos*, 1832) hasta Benedicto XV, pasando por Pío IX (Tesis 55 del *Syllabus*), León XIII (*Immortale Dei*) y Pío X (*Vehementer nos*, 1906), etc.

XVIII
FUERZA Y DERECHO

Los cristianos han tomado a la sociedad pagana sus armas y sus templos a fin de transformarlos, no de destruirlos. Del templo han expulsado al ídolo; con la fuerza, han impuesto el derecho. Ni siquiera se les ha pasado por la mente ese absurdo pensamiento de aniquilar la fuerza. Ésta se deja acomodar, se deja disciplinar, se deja santificar. ¿Quién se vanagloriará de aniquilarla? ¿Y por qué aniquilarla? Es una cosa muy buena; la fuerza es un don de Dios, una cualidad de Dios: *Ego sum fortissimus Deus patris tui.*

Así como el derecho es por sí mismo una fuerza, ésta, por sí misma, puede ser un derecho. Tanto el género humano como la Iglesia reconocen un derecho de guerra. De este hierro que quitaba a la fuerza bárbara, el cristianismo ha hecho corazas para los débiles, nobles espadas con que ha armado al derecho. La fuerza en las manos de la Iglesia es la fuerza del derecho, y nosotros no queremos que el derecho quede sin fuerza. La fuerza en su verdadero lugar y cumpliendo su misión. Tal es el estado normal.

Puesto que en el mundo actual la fuerza no se halla en todas partes en su lugar, es decir, a disposición de la Iglesia; puesto que, lejos de servir al derecho, abusa de él, ¿concluiremos por eso de acuerdo con los iluminados que decretan unos el aniquilamiento de la fuerza, los otros que el derecho supremo no tendrá ya jamás la fuerza en sus manos, por miedo de que llegue a dañar a la libertad que quiere destruir a la verdad?

Por el contrario, sería preciso dar con alegría hasta la última gota de nuestra sangre a fin de devolver a la fuerza su legítima misión, y limitarla al solo servicio del derecho.

La fuerza debe proteger, afianzar, vengar el más grande, el más ilustre, el más necesario derecho del hombre, que consiste' en conocer y servir a Dios; ella debe colocar a la Iglesia en situación de dispensar este derecho a todo hombre. No abandonemos esta verdad que el catolicismo liberal arroja y ahoga en la corriente, junto con tantas otras.

XIX

Esta sugerencia de seguir la corriente es indigna. Rebela hasta al simple honor humano, y es un rasgo de estos tiempos el que sea dirigida a tentar a hombres marcados con el santo Crisma. Imaginaos que un rey destronado, única y última esperanza de la patria conquistada, declarara de pronto que ha sido justamente desposeído y que sólo aspira a gozar de sus bienes particulares según el derecho usual, bajo la protección de los depredadores de su pueblo. ¿Comprendéis el inmenso envilecimiento de ese desdichado? Sin embargo, esto no sería nada comparado con lo que se nos ofrece.

Ese rey imaginario cometería una gratuita ignominia. Hasta nos costaría creerle; y aquellos a quienes él ofreciere vender sus derechos y su honor, contestarían: ¡Vamos! Si tú eres el rey...

Nosotros haríamos mucho peor que eso, y por esta razón se nos creería menos aún. Y añado que se tendría en extremo razón al no creérsenos. Como antaño sucedió entre quienes juraron la Constitución Civil del Clero[8] también entre nosotros habría los arrepentidos y los que se retractan. Ahora bien, los católicos que permanecieren o volvieren a ser simplemente católicos, harían dudar de la sinceridad de aquellos que quisieran seguir siendo liberales. ¿Qué partido tomarían estos últimos, entre los ortodoxos que los anatematizarían y los incrédulos que les reclamarían garantías? He aquí una eventualidad cierta de la que deben preocuparse. Si los católicos liberales se unen al grupo fiel, si se someten a la enseñanza de la Iglesia que afirma sus derechos sobre el mundo, no pasa nada. Si, en cambio, proporcionan las garantías que de ellos se exigen en el otro sector, entonces se separan, les parece bien que la

---

[8] (Nota del Traductor). Llamóse así a la Constitución francesa aprobada el 12/VII/1791, la cual ponía .a los eclesiásticos bajo la absoluta dependencia del Estado, sustrayéndolos a la de la Santa Sede.

libertad imponga silencio a los disidentes, ofrecen como perseguidores, y son al mismo tiempo apóstatas de la Iglesia y traidores a la libertad.

Entonces no escaparán a uno cualquiera de estos términos:

O liberales arrepentidos o católicos renegados.

XX

Hagamos una hipótesis: Supongamos que seguimos todos la corriente. Todos, salvo el Papa, es claro; pues la hipótesis no puede llegar tan lejos. ¿Qué resultaría de ello? Que habría una fuerza menos sobre la tierra. ¿Cuál? Desde luego, no sería la fuerza bárbara, ni la fuerza bruta…

La fuerza que faltaría sobre la tierra sería ésta mediante la cual plugo a Dios vencer al mundo, y por la que el mundo hasta aquí se halla aún vencido. Dios triunfa por un reducido número de fieles, *pusillus grex*, al que se le dice, como al comienzo: "No temáis"; número al que se llama la sal de la tierra. *Si la sal se torna insípida, ¿con qué se condimentara*?

¡Oh sabiduría profética de la palabra divina! El grano de arena es el centinela de Dios a orillas del océano, y le dice: ¡*Non amplius*! El grano de sal constituye el vigor de las montañas y la fecundidad de las vastas praderas.

Nos volvemos entonces hacia el Crucificado de Jerusalén, hacia el Crucificado de Roma, hacia su verdad abandonada y traicionada, y Le decimos: ¡Creo en Ti, te adoro, y quiero ser humillado como Tú, escarnecido como Tú; quiero morir contigo! Digamos esto, y el mundo será vencido.

Jamás será vencido de otro modo, jamás le arrancaremos de otra manera sus armas, a fin de transfigurarlas y santificarlas en nosotros, sirviéndonos de ella para acallar toda blasfemia y derribar todo obstáculo entre los pequeños de este mundo y la verdad eterna.

Pues es preciso que todo hombre sepa y pronuncie estas palabras, este *Credo*, el único que puede libertar al mundo, este *adveniat* que solicita la eterna paz.

XXI
LIBERTAD DE CONCIENCIA

La primera palabra de libertad que haya sido pronunciada por una boca mortal, el primer acto de libertad amplia que el género humano haya visto cumplirse fue cuando esos dos pobres judíos, Pedro y Juan, proclamaron el deber de obedecer antes a Dios que a los hombres, difundiendo después esa enseñanza que el error y la persecución, bajo las máscaras de justicia y de prudencia, querían suprimir (Hech., 4, 19-20). Quien sigue este ejemplo es libre, libre de los falsos jueces, libre de los falsos terrores, se sustrae al imperio de la muerte, y pone a cubierto de la esclavitud a todos aquellos a quienes puede persuadir.

Pero es menester observar dos cosas.

En primer lugar, este acto de libertad que hacen los apóstoles para con los poderosos de la tierra es al mismo tiempo un gran homenaje de sumisión que ellos hacen a Dios, y son tan fuertes contra el mundo sólo porque obedecen a Él.

En un discurso pronunciado en el congreso de Malinas[9], discurso elocuente, muy celebrado entre los católicos liberales, se hace remontar la libertad de conciencia a ese primero y famoso *non possumus*, y se dice que allí fue creada y promulgada. Todo lo contrario, pues ese día, según la observación de un publicista inglés[10], por ese *non possumus* la conciencia humana conoció y aceptó el freno de una

---

[9] Discurso de Montalembert en la "Asamblea general de los católicos belgas", en 1863. El gran orador habló allí de dos temas candentes entonces: los progresos crecientes de la democracia, y las relaciones entre la Iglesia y el Estado.

[10] *Relaciones del Cristianismo con la sociedad civil*, por Eduardo Lucas, discurso pronunciado en la Academia Católica de Londres, y publicado por Mons. Manning.

ley inmutable. No era un principio de libertad liberal lo que san Pedro evocaba: él proclamaba el deber imperecedero, irrevocable, impuesto por Dios, que lo obligaba a predicar la Revelación. Él no anunciaba, pues, al mundo la emancipación liberal de la conciencia. Por el contrario, cargaba a la conciencia con el glorioso peso de dar testimonio de la verdad; y la emancipaba de los hombres, no de Dios. San Pedro podía pedir a los paganos, por parte de Dios, la libertad para los cristianos; pero no daba ni pensaba siquiera dar a éstos la licencia de elevar el error al mismo nivel de la verdad a tal punto que ambos debiesen tratar algún día de igual a igual, y que la verdad considerase al error como soberano de derecho divino en determinado lugar, con tal de que ella misma fuese soberana o tolerada en otro. ¿Qué respuestas entonces podría dar esta verdad humillada y disminuida, a los sofismas innúmeros del error? En segundo lugar, esta verdad liberadora, esta verdad única, sólo la Iglesia tiene la virtud de enseñarla, y no persuade de ella más que a las almas llenas de Jesucristo.

Ahí donde Cristo no es conocido, el hombre obedece al hombre y le obedece de manera absoluta. Ahí donde el conocimiento de Cristo se borra, la verdad desciende, la libertad sufre un eclipse, la vieja tiranía retorna y extiende sus antiguas fronteras. Cuando la Iglesia no pueda ya enseñar a Jesucristo todo entero, cuando los pueblos no comprendan que es preciso obedecer más a Dios que a los hombres, cuando ya no se eleve ni una sola voz para confesar la verdad sin tapujos y sin atenuantes, entonces la libertad habrá abandonado la tierra y la historia humana acabará.

Empero, mientras quede un solo hombre de fe perfecta, éste se verá libre del yugo universal, y tendrá en sus manos su propio porvenir y el del mundo. El mundo no existirá más que para la santificación de este último. Y si este último también apostatase, si dijese al Anticristo, no que tiene razón en perseguir a Dios, sino solamente que le está permitido no emplear su fuerza en hacer reinar a Dios, entonces habría pronunciado su sentencia de muerte y la del mundo. Dios retiraría de la tierra su sol, al no dar ya ésta a la verdad divina la confesión y la adoración debidas. Privado del contrapeso de la obediencia y de la oración, el blasfemo no subiría al cielo sino que perecería de inmediato. Caería por sí mismo a lo más profundo.

XXII

Mas la última palabra de la Iglesia militante no será una palabra de apostasía. Y me imagino al último cristiano frente al Anticristo, al final de esos días terribles, cuando la insolencia del hombre se regocije estúpidamente al ver a las estrellas caer de los cielos; me lo imagino atado, conducido a través de la gritería de ese fango de Caín y Judas que se llamará todavía entonces la especie humana. Y será, en efecto, la especie humana, la especie humana llegada a la cúspide de la ciencia, descendida al último grado de la abyección.

Los ángeles saludan al astro que no ha caído, el Anticristo contempla al único viviente que se rehúsa a adorar la mentira y a decir que el Mal es el Bien. Todavía espera seducirlo, y pregunta a ese cristiano cómo quiere ser tratado. ¿Qué pensaremos que el cristiano responde? ¿Qué puede responder, sino que se lo trate como a rey? Último fiel, último sacerdote, él es el Rey. Conserva él toda la herencia de Abraham, todo el linaje de Cristo. En sus manos encadenadas posee las llaves que abren la vida eterna; puede dar el bautismo, puede dar el perdón, puede dar la Eucaristía; el otro no puede dar más que la muerte, ¡Él es Rey! Y yo desafío al Anticristo, con todo su poder, a que no lo trate como a tal, puesto que al fin y al cabo, el calabozo es también un imperio y el cadalso un trono.

Al que hiciese a los católicos la misma pregunta, deberían éstos contestarle con la misma respuesta. El liberalismo moderno quiere que los hijos de la Iglesia lo consagren, y para eso les habla como el rey sarraceno hablaba a Luis de Francia: “Si quieres, vivir, hazme caballero”.

El santo cautivo le replicó: “Hazte cristiano”.

XXIII

Dos potencias viven y se hallan en lucha en el mundo moderno: la Revelación y la Revolución. Esos dos poderes se niegan recíprocamente, he aquí el problema fundamental. Esta lucha ha dado nacimiento a tres partidos:

1°) El partido de la Revelación o partido del Cristianismo. Su cabeza es el partido Católico, tan elevado por encima de las ignorancias y de las bajezas contemporáneas, que parece no tener cuerpo; pero sin embargo, este cuerpo, a menudo casi invisible, existe, y hasta es realmente el más poderoso que existe sobre la tierra, porque, independientemente del número, es el único que posee verdaderamente esa fuerza incomparable y sobrehumana que se llama la Fe.

2º) El partido de la Revolución: Las escuelas llamadas liberales no son otra cosa que sus máscaras indecisas y su verbo cambiante e hipócrita.

3º) El tercer partido: Pretende atenerse a los otros dos y se cree con fuerzas para conciliarlos. El tercer partido se denomina Eclecticismo, pero sólo es la Confusión, vale decir, la Impotencia.

Puesto que el tercer partido adopta la Revolución, niega por eso mismo el Cristianismo, cuya contradicción absoluta y negación formal lo constituye la Revolución. Ya que el partido Católico es la afirmación de la verdad cristiana, niega la Revolución que es la mentira anticristiana; niega el Liberalismo y el Eclecticismo que, en su mayor parte, no son más que la hipocresía de esa mentira y en cierto número de gentes nada más que el resultado de sus seducciones. El partido Católico los niega. Nosotros también los negamos, lo mismo que nuestros padres negaron la idolatría, la herejía y el cisma, y los negamos así tuviésemos que perecer. Pero sabemos que si en este combate pereciéramos, no seremos vencidos.

Y bajo la bandera del tercer partido, es decir, en la confusión, en la impotencia, el Liberalismo católico expone sus combinaciones pretendidamente conciliadoras, por todas partes mal acogidas, frecuentemente rechazadas con desprecio. Los católicos, que tienen su concepción dogmática y su práctica histórica de la libertad, nada quieren saber de sus sistemas complicados y por tantos respectos ambiguos; los revolucionarios, los liberales y los eclécticos, que pretenden profesar su cristianismo, envían al tercer partido a su iglesia cuyo yugo no ha sacudido. Le recuerdan a los cristianos que su iglesia no lo aprueba y que hasta les advierte sobre ellos. Les significan que su iglesia no es la de ellos: en la iglesia del tercer partido, los cristianos no pueden entrar más que por la puerta de la apostasía.

XXIV
INDEPENDENCIA Y SOBERANÍA

¡Qué triste es ver a hombres meritísimos y que han prestado grandes servicios a la causa de la verdadera religión esforzarse por hacer penetrar entre los católicos doctrinas que éstos rechazan como atentatorias a los derechos y a la dignidad de la Iglesia, mientras que los adversarios y los enemigos de ella las rechazan por encontrarlas todavía demasiado impregnadas de espíritu cristiano!

Sus fórmulas, inspiradas por ese espíritu de compromiso que confunde todos los límites, encuentran por todas partes la misma desdichada suerte. Hablan ellos de la independencia de la Iglesia, palabra que es exagerada para los revolucionarios, se les ordena borrarla y al mismo tiempo, por otro lado, como también hablan de la independencia del Estado, los católicos advierten que bajo esta palabra, por la fuerza de las cosas, subordinan la sociedad religiosa al poder civil y hacen depender la existencia material del cristianismo de la benevolencia de sus enemigos, los cuales, en cualquier situación que se les presente, se muestran no solamente indiferentes sino hostiles, y no solamente hostiles sino frenéticos. Trátase siempre de conciliar lo inconciliable, de obtener para la Iglesia una gracia que no quiere concedérsele; de someter a la Iglesia a condiciones de favor que ella no podría soportar. Ninguna riqueza de elocuencia puede disimular largo tiempo ese incurable fondo de miseria; ninguna expresión en ninguna lengua del mundo posee elasticidad suficiente como para hacer que concuerden y vi-

van en paz tamañas contradicciones. *Libre cooperación, independencia recíproca de los dos poderes*, etc. ¿Qué significan tales sonoridades? ¿Qué puede sacarse prácticamente de la “libre cooperación” entre el alma y el cuerpo, de la “independencia recíproca” de la materia y el espíritu?

Hay palabras más desdichadas por el hecho de tener un alcance más claro: la invitación hecha a la Iglesia para que renuncie al *privilegio*, es una de esas palabras que ofenden el sentido católico.

En efecto, la Iglesia posee una constitución divina, vive por propio derecho, no por privilegio. ¿Quién, pues, le habría concedido un privilegio que no le perteneciese por naturaleza? ¿El Estado? En este caso, la sociedad civil sería superior a la sociedad religiosa, ¿puede entonces legítimamente quitarle lo que le ha otorgado complacientemente? La historia, de acuerdo con el buen sentido cristiano, condena la falsa concepción que encierra esta manera de hablar: la Iglesia no ha sido hecha por el Estado; por el contrario, ella es la que ha hecho el Estado y la sociedad, y ni el Estado ni la sociedad han concedido privilegios a la Iglesia; ellos le han reconocido una manera de ser anterior a la propia existencia, un derecho que de ningún modo les pertenece y que no pueden modificar más que por un abuso contra el cual el interés público le obliga protestar.

No podemos compartir la ignorancia en que la ingratitud revolucionaria gusta encerrarse. Sabemos que la Iglesia ha crecido a pesar del poderío pagano, que ella ha cambiado el centro del mundo, que es, en una palabra, la madre y la institutriz de los Estados cristianos, y que la superioridad de su civilización es debida a sus principios y de ellos depende siempre. Sabemos también que la Iglesia no ha podido cumplir esa gran obra, no la ha podido defender y no la podrá mantener sino mediante esta constitución propia que le ha sido dada por Dios a fin de que obre en el mundo en su doble calidad de Madre y de Reina, maestra a la vez del género humano por el amor, por la luz de su doctrina y por la autoridad. ¿Y atribuiremos hoy a los vaivenes ya tan restringidos de esta supremacía maternal y real el carácter bochornoso de *privilegios*, de concesión humana de la que al fin hay que abdicar? La Iglesia tiene menos derecho a abandonarlos que la sociedad de suspenderlos, pues no le es dado engañarse sobre la fuente de donde provienen y sobre el objetivo por realizar. En presencia del Estado incrédulo o herético, la Iglesia sabrá soportar la privación temporaria del ejercicio de su prerrogativa divina, pero no puede proclamar que la abandona, que rechaza como malo o superfluo aquello que no sólo le ha sido conferido sino impuesto por Dios para bien del mundo. Cuando la Iglesia concluye un Concordato, no trata como subordinada sino como superior; es ella la que concede; no recibe privilegios sino que los acuerda. Y los otorga a su pesar, pues si con ello evita un mal mayor, la experiencia ha demostrado fehacientemente que tales concesiones no son propicias al bien general, no pudiendo redundar en ventaja para nadie cualquier cosa que debilite el sentimiento cristiano.

El argumento que el liberalismo cree extraer de tales concesiones contra los principios es indigno de una razón cristiana. En primer lugar, la Iglesia no concede nada sobre los principios, ni firma tratados en los que éstos no sean preservados. En segundo lugar, expuesta a los golpes violentos de la fuerza y sin más arma natural que su paciencia, la Iglesia, según la profunda observación de J. de Maistre, “no rehúsa a la soberanía que se obstina nada de lo que no pueda hacer otra cosa que inconvenientes”.

XXV
LA IGLESIA LIBRE EN EL ESTADO LIBRE

Los doctores del liberalismo católico se enorgullecen al explicar la famosa sentencia “la Iglesia libre en el Estado libre”[11], diciendo que por ello entienden decir “la libertad de la Iglesia fundada sobre

[11] (Nota del Traductor) Desdichada fórmula acuñada por el versátil y contradictorio Montalembert, y repetida hasta la saciedad por ciertos católicos, para quienes van estas vibrantes palabras del insigne Cardenal Pie: “La Iglesia libre en el Estado libre... es la Iglesia muda ante el Estado libre de violar la ley “natural y cristiana. Y si el poder religioso sale de su mutismo, entonces es él el acusado de atentar a las leyes y a las libertades públicas” (Carta a los Obispos de Brasil, en Verbe, nº 97/1958).

las libertades públicas".

No es así como lo entendían nuestros antepasados: "Al desarrollar las libertades de la Iglesia — dice el cardenal Wiseman —, creían contribuir al progreso de las libertades civiles. Casi no existe constitución que no base su sistema de liberación sobre la libertad de la Iglesia y el ejercicio ilimitado de sus derechos". ¿Será menester trastrocar el orden antiguo, y en lugar de esas libertades públicas fundadas sobre la organización cristiana, buscar en las libertades políticas la base de las religiosas? Sería como pretender asentar lo inmutable sobre lo movible. Cuidemos no acostumbrar a toda una generación a que piense con ambigüedad en cuestiones de importancia vital. Al exaltar en demasía la rectitud con la cual nuestros enemigos sabrían aplicar principios insostenibles, se prepara muy mal a la juventud a combatir y a soportar futuras persecuciones[12].

Es una ambigüedad sostener que la Iglesia no puede ser libre más que en el seno de una libertad general. ¿Qué se quiere decir con esto, sino que la libertad de la Iglesia depende de causas extrínsecas? Sin embargo, la sociedad cristiana, que existe por la voluntad divina y tiene por jefe a Jesucristo que le ha asegurado eterna perennidad, no podría ser libre sino por su naturaleza y por su esencia, libertad que se comunica a toda sociedad sobre la cual obra como la levadura en la masa y como el alma sobre el cuerpo.

Es imposible comprender cómo la sociedad podría ser sierva ahí donde la Iglesia fuese verdaderamente libre; mientras que la sociedad más libre en apariencia, si sufre al ver que la Iglesia se halla atada, se verá ligada ella misma aún más estrechamente y no será en realidad otra cosa que pseudoslibre, no libre. La policía permite muchas cosas que la libertad prohibiría, o más bien, se prohibiría; pero esas licencias que da la policía no son libertad, jamás serán libertad. En una sociedad que restringe la libertad de la Iglesia, acaso el individuo hará lo que quiera de su cuerpo, y no querrá hacer nada bueno por cierto; su alma no le pertenece, y muy pronto tampoco su cuerpo le pertenecerá.

Si la Iglesia no puede ser libre más que en el seno de una libertad general, quiere decir que ella no puede ser libre sino a condición de ver levantarse contra ella la libertad de negarla y de destruirla mediante todas las ofensas y todos los medios legales que tal orden de cosas pondrá necesariamente en las manos de sus enemigos. Y como en este caso ella debe añadir a esto no menos necesariamente la renuncia a sus "privilegios" sin lo cual no habrá ya libertad general, tendrá como resultado que perderá también el poder de imponer a los hombres el freno interior por el cual llegan a ser capaces y a sentirse dignos de la libertad. Entonces, por una consecuencia fatal, el freno político se hará mayor, y la sociedad verá pronto llegada la hora funesta en que César, con el consentimiento de la "libertad general", se declarará pontífice y dios: *Divus Caesar, imperator et summus pontifex*.

Así, por la "libertad general" y por la "supresión del privilegio", su obligado corolario, el cristianismo tomaría en el mundo una posición inferior aún a la que ocupa hoy.

XXVI

Tales son las afinidades de todo error con los demás errores, y tal la pendiente común de los errores limitados para con el error general, que nosotros vemos al liberalismo católico, tan orgulloso en su actitud exterior, converger hacia el cesarismo al mismo ritmo que la Revolución. ¡Y en nombre de la libertad de conciencia se tiende a este universal aplastamiento de la conciencia humana! Es preciso conciliar los principios del cristianismo con los de la sociedad moderna; la sociedad moderna lo exige,

---

[12] (Nota del Traductor) Igual que en nuestros días, cuando desde el mismo púlpito sagrado se exalta y se pone como ejemplo, con una ingenuidad galopante, a nuestros "hermanos separados", los cuales, como ya son cada vez más hermanos y menos "separados", serían la meta a alcanzar para el católico, al menos en cuanto valor humano. Y hasta debemos hacernos perdonar nuestro catolicismo. Un testimonio irritante por la calidad del testigo: Etienne Borne se ha referido encomiásticamente a ese "maravilloso marxismo que nos ayudará pronto a reconocer al hombre como a su propio hermano" (Semana de los Intelectuales Católicos, noviembre de 1955). Para todos ellos, pues, estas severas e intergiversables palabras de S.S. el Papa Pablo VI: "¿Qué deberíamos decir... de quienes ponen en duda o niegan la validez de la enseñanza tradicional de la Iglesia para inventar nuevas e insostenibles teologías? ¿De quienes... por parecer modernos, encuentran que todo es bello, digno de ser imitado y apoyado en el coto ajeno y hallan en cambio que todo es insoportable, discutible y periclitado en lo que se encuentra dentro del nuestro?" (31/III/1965).

hay que pasar por ello, aceptar todas sus condiciones, rechazar todo lo que le disgusta, protestar contra todo retorno a ideas que ella ya no acepta. Pero quienes encuentran que la sociedad moderna es culpable, los que estiman que ese personaje caprichoso, y acaso fantástico, abriga inicuas pretensiones... ésos, sean cuales fueren su dignidad y su número, deben callarse, soportar el yugo, desaparecer de un mundo al cual su sola presencia irrita. La sociedad liberal, la humanidad emancipada no puede soportar sus contradicciones. Menester es recurrir a esta unidad trastrocada que ella sueña a fin de impedir la verdadera unidad que realizaría el Pastor divino; es preciso aceptar la unidad infernal que pondrá al rebaño bajo la sola vara de César. Evidentemente, a ejemplo de los demás doctores revolucionarios, los doctores del liberalismo católico han dado cabida en su pensamiento a la idea de que un mismo modo de vivir puede y debe ser instituido en todos los Estados europeos. Por lo que hace a las diferencias de raza, de caracteres, de hábitos religiosos y políticos que sería preciso doblegar y pulverizar con el fin de obtener una semejante asimilación, no se tienen en cuenta: la sociedad moderna exige este sacrificio; ¿la libertad de conciencia lo hará? ¿Acaso no hay que aceptar a la "sociedad moderna? ¿No hay que salvar la libertad de perdición?...

XXVII

LOS QUE SE OPONEN A LA IGLESIA

En el momento mismo en que escribo estas líneas, los diarios nos hacen conocer unas palabras de Pío IX. Son palabras llenas a la vez de tristeza, de luz, de fuerza, y se aplican al argumento de mis reflexiones presentes. Interrumpo aquí mi discurso para escuchar con el respeto y el amor debidos al Padre de los cristianos. Luego de decir el Padre Santo que deplora y condena las usurpaciones, la inmoralidad creciente, el odio contra la religión y la Iglesia, añade esta solemne advertencia:

"Pero, aun deplorándolo y condenándolo, no olvido las palabras de Aquél cuyo representante soy sobre la tierra y que, en el Huerto de su agonía y sobre la Cruz de sus dolores, elevaba al cielo sus ojos moribundos y decía: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen». Y yo también, frente a los enemigos que atacan a la Santa Sede y a la misma doctrina católica, repito: «Padre, perdónalos, porque no saben...».

"Hay dos clases de hombres que se oponen a la Iglesia. La primera comprende a los católicos que la respetan y la aman, pero critican lo que de ella emana. Desde el concilio de Nicea hasta el concilio de Trento, como lo ha dicho un sabio católico, quisieran reformar todos los cánones. Desde el decreto del Papa Gelasio sobre los Libros Santos hasta la Bula que ha definido el dogma de la Inmaculada Concepción, todo lo hallan susceptible de ser dicho de nuevo y corregido. Son católicos, se dicen amigos nuestros, pero olvidan el respeto que deben a la autoridad de la Iglesia. Si no toman más cuidado en esto, si no vuelven sobre sus pasos, temo que lleguen a deslizarse por esta pendiente hasta el abismo en que ha caído la segunda clase de nuestros adversarios.

"Ésta es la más decidida y la más peligrosa. Está integrada por filósofos, por todos aquellos que quieren alcanzar la verdad y la justicia mediante el solo recurso a su razón. Mas les sucede lo que el Apóstol de las Gentes, san Pablo, decía hace dieciocho siglos: *Semper discentes et nunquam ad cognitionem pervenientes*. Buscan, buscan siempre, y aunque la verdad parece huir ante ellos, esperan siempre encontrar, y nos la anuncian, una *era nueva* en la cual el espíritu humano disipará por sí mismo todas las tinieblas.

"Orad por estos hombres extraviados, vosotros, que no compartís sus errores. Vosotros sois en verdad los discípulos de Aquél que dijo: *Ego sum via, veritas et vita*. Vosotros sabéis también que no todo el mundo es llamado a interpretar su palabra divina, que no pertenece a los filósofos el explicar su doctrina, sino solamente a sus ministros, a aquéllos a quienes ha dado la misión de enseñar, diciéndoles: «Quien a vosotros me oye, a Mí me oye»; cuando habláis a los hombres es mi misma voz la que

oirán"[13].

XXVIII
LA SOCIEDAD MODERNA

Sería alargar inútilmente estas observaciones el detenerse a considerar ese monstruo vago que se llama "la sociedad moderna", buscar si realmente pide todo lo que se le hace pedir, y si su fuerza material, muy diferente en este caso de su fuerza intelectual, es tan considerable y preponderante como se dice. Las buenas razones, las razones de hecho, no faltan para negar la profundidad de este torrente, por otra parte tan rumoroso y tan violento. Bien sabemos que amenaza con destruir a la Iglesia y a quien quiera defender su integridad. Por lo que a mí respecta, empero, no me hallo lejos de creer que la sociedad moderna, en Francia como en otros países, contiene aún mucha savia católica pura y perfecta, y que Europa, debajo de cierto caparazón que acaso tiene más de espuma que de espesor, no se halla de ninguna manera dispuesta a abandonar el cristianismo. Me es imposible admitir que los grupos políticos, literarios y artísticos en que se decreta la decadencia de Cristo y de su ley tienen más raíces en el suelo francés y representan mejor el fondo nacional que ese numeroso y glorioso clero, esas innumerables obras, ese celo generoso e inagotable que cubre el país de obras benéficas y de monumentos. Acaso se ponga como objeción el éxito escandaloso ale un libro impío o de un periódico anticristiano; sin duda este éxito es lamentable, sin embargo no creemos que tal objeción sea irrebatible. Durante los años 1864-65 se han construido en Francia más iglesias que las ediciones publicadas de la obra del blasfemo Renán (La vida de Jesús apareció en 1863); las iglesias elevan sus agujas coronadas por una cruz; la obra del blasfemo ha caído aplastada bajo la apatía de los fieles. ¡Y quién duda que sería un difícil asunto de Estado el suprimir por ejemplo El Siglo, o aprisionar al obispo de la diócesis 'en que El Siglo cuenta más lectores!

A comienzos de esta centuria escribía Joseph de Maistre: "En el gobierno natural y en las ideas nacionales del pueblo francés hay no sé qué elemento teocrático y religioso que renace siempre".

Pero no deseo insistir sobre este punto, de ninguna importancia en lo que respecta al deber de los católicos. Supongamos lo peor: que el torrente irreligioso posee toda la fuerza de que se envanece y que esta fuerza puede arrastrarnos. Pues bien, que nos arrastre. Esto será poco, con tal de que no nos quite la verdad.

Nosotros seremos arrastrados y dejaremos la verdad detrás de nosotros, como la dejaron quienes fueron arrastrados antes que nosotros. Mas a pesar del torrente la tenemos sin embargo, y abrazamos esta verdad siempre nueva. Hemos venido a esta tierra que se dice árida. Hemos conocido su fecundidad y su juventud. Que solamente nuestras obras expandan en ella la sal fecundante y amasen ese grano de arena que modela el mar; así como nuestros padres nos conservaron este abrigo, nosotros lo conservaremos para las generaciones por nacer. El mundo tiene todavía un porvenir o no lo tiene más. Si tocamos el fin de los tiempos, no tenemos que construir más que para la eternidad; si largos siglos deben pasar en esto, habremos construido para el tiempo. Frente a la persecución o frente al desprecio, seamos los constantes testigos de la verdad de Dios, y nuestro testimonio subsistirá. Existe una vegetación que crece invenciblemente bajo la mirada del Padre celestial. Ahí donde el germen es depositado, el árbol se enraíza; ahí donde el mártir ha dejado sus huesos, se levanta una iglesia. Así se forman los obstáculos que dividen y detienen los torrentes. En estos días de esterilidad, después de quince siglos, todavía vivimos del trigo cosechado en las catacumbas.

[13] Respuesta del Padre Santo a fieles de diversas naciones reunidos en Roma, el 17 de marzo de 1866.

XXIX

EL "ESPÍRITU MODERNO" ANTE LA VERDAD Y ANTE EL ERROR

La esfinge revolucionaria que lleva el nombre de "espíritu moderno" propone una cantidad de enigmas de los cuales los católicos liberales se ocupan más de lo que conviene a la dignidad de hijos de Cristo. Ninguno de ellos por otra parte consigue dejar satisfechos ni a la esfinge, ni a sí mismos, ni a nadie, pudiéndose observar que el monstruo devora en primer lugar a aquellos que él halaga por haberlos adivinado mejor.

Poco orgullo, poca fe quedan en éstos. Y vienen, no sin arrogancia, en nombre de la esfinge y en su propio nombre, a preguntar cómo el Catolicismo "intolerante" sabría compaginarse con las "conquistas" del espíritu disidente, de sus llamados derechos del hombre, de su libertad de cultos, de sus constituciones políticas establecidas sobre tales bases, etc., etc. Nada es menos misterioso.

En primer lugar, el espíritu disidente superior en todos los grados lo hace con unos aires de superioridad que no le pertenece y que nosotros no le reconoceremos. El error no es ni el patrón, ni el igual de la verdad; no tiene nada legítimo que imponerle ni puede legítimamente nada contra ella, y, por ende, los discípulos del error, infieles, ateos, renegados, no son ni los maestros ni los legítimos iguales de los discípulos de Cristo, Dios único. Entre la turbamulta que se apelotona alrededor del error y la sociedad perfecta que forma la Iglesia de Cristo, las obligaciones no son de ningún modo semejantes desde el punto de vista del derecho inalterable. Nosotros sabemos perfectamente a quién se ha dicho: *Id*, *enseñad*. Palabras, digámoslo al pasar, idéntica a ese *Crescite*, creced y multiplicaos, que fue dicho al comienzo de todas las cosas, palabras que siguen vivientes a pesar de las astucias y los triunfos de la muerte. El error nada tiene que enseñar sobre derecho divino, ni tiene el divino derecho de crecer y de multiplicarse. Sólo la verdad puede tolerar el error; éste le debe a ella la libertad de que goza.

En segundo lugar, habiendo tomado los partidarios del error la preeminencia y entronizado en el mundo pretendidos principios que son la negación de lo verdadero y, por consiguiente, la destrucción del orden, nosotros dejamos en su poder esos falso principios hasta que se fastidien o mueran de ellos y nos guardamos nuestras verdades, de las cuales vivimos.

En tercer lugar, cuando el tiempo haya venido, cuando la prueba haya sido hecha y sea preciso reconstruir el edificio social según las normas eternas, sea mañana, sea en los siglos por venir, los católicos arreglarán las cosas coma para ellos. Sin preocuparse por los que quisieran permanecer en la muerte, establecerán las leyes de la vida. Pondrán a Jesucristo en su lugar, en lo alto, y ya no se lo injuriará. Educarán a los niños en el conocimiento de Dios y en la honra de sus padres. Mantendrán la indisolubilidad del matrimonio, y si los disidentes se encuentran incómodos, sus hijos se encontrarán bien. Impondrán la observancia religiosa del domingo para el bien de la sociedad toda, dispuesta a dejar a los librepensadores y a los judíos que celebren por su propia cuenta, sin ser reconocido por eso, el lunes o el sábado. Aquellos a quienes esta ley podría molestar, seguirán estando molestos. No será en adelante rehusado el respeto al Creador y el reposo a la creatura con la única finalidad de contentar a algunos maníacos cuyo frenesí hace pecar tan tonta e insolentemente a todo un pueblo. Sus casas serán, por otra parte, más sólidas y sus campos más fecundos, como los nuestros.

En una palabra, la sociedad católica será católica, y los disidentes que ella tolerará conocerán su caridad, mas no parcelarán o romperán su unidad.

Tal lo que, por parte de los católicos, puede responderse a la esfinge, y son éstas las palabras que la matarán. La esfinge no es invulnerable; tenemos contra ella las armas precisas. El Arcángel no venció al Rebelde con armas materiales, sino con estas palabras: ¡*Quis ut Deus*! Y Satanás fue precipitado a los infiernos.

XXX

RELACIONES ENTRE LOS CATÓLICOS LIBERALES Y LA REVOLUCIÓN

En resumen, el partido católico liberal acepta la ruptura de la sociedad civil con la sociedad de Jesucristo. La ruptura le parece buena; espera que sea definitiva. Cree quo con ello la Iglesia ganará la paz, e incluso un gran triunfo más tarde. Empero, las perspectivas de triunfo no son presentadas más que a los católicos "intolerantes", y no se les habla de ellas más que en voz baja. Atengámonos a la paz: ¿podemos esperarla?

Seguramente esta iglesia liberal, iglesia íntegramente "de su tiempo", no pudiendo ser sospechosa, razonablemente, de obedecer a Roma, tendrá que dejar de irritar o de aterrorizar a esos generosos espíritus que han resuelto por fin cauterizar "la úlcera pontificia". Desde entonces, ¿por qué los católicos, que han llegado a ser semejantes a todo el mundo, no obtendrían el beneficia del desprecio? Serán despreciados, pero vivirán en paz; se dedicarán a su culto con la misma facilidad que a sus demás asuntos.

No ser nada, lo suficientemente nada a fin de vivir en paz con todo el mundo, he aquí una esperanza que puede parecer en extremo modesta. Pero es más que eso. Aun cuando, por vía de seducción o por vía de comprensión, los católicos liberales llegasen a suprimir a los católicos íntegros, les adelanto que no lograrán verse despreciados tan perfectamente como ellos aspiran. Algunas reflexiones los convencerán de la solidez de esta predicción, y los forzará a juzgar por si mismos la ilusión con la que se dejan embaucar.

Dejo a un lado la concepción peregrina e inaudita de instaurar un gobierno ateo, aun cuando no haya ateos en la sociedad a la que ese gobierno debe guiar. Nada digo sobre la dureza que significa querer sustraer a los pueblos la equidad, a la mansedumbre, al respeto por el cetro cristiano, de tal manera que jamás podrían ya tener reyes santos. Tampoco insisto acerca del desdén de los doctores por las enseñanzas históricas y religiosas que condenan la indiferencia gubernamental entre el bien y el mal y que la muestran, por otra parte, como absolutamente quimérica. La ilusión de los católicos liberales va más lejos. No solamente tiene el poder de falsificar la historia, la Biblia, la religión, y teñir con sus falsos colores hasta la naturaleza humana, sino que les quita la apreciación del presente y les hurta el conocimiento del pasado y la visión del porvenir. Ellos no ven ya lo que sucede, ni entienden lo que se dice, ni saben lo que ellos mismos hacen. Desconocen el propio corazón, y el de los demás.

XXXI

Si hay una cosa evidente es que los liberales no cristianos, que son todos revolucionarios, nada quieren saber de los católicos liberales, ni tampoco de los otros católicos que no lo son. Lo proclaman formalmente sin cesar y en todos los tonos; El Siglo ha hecho sobre el particular declaraciones repetidas y que nada dejan para adivinar. ¡No más cristianismo! ¡Que no se hable más de esto! Tal el grito lanzando por la Revolución en todas partes en donde domina. ¿Y en qué lugar de Europa no domina? Ningún revolucionario ha protestado contra los aullidos feroces de Garibaldi, contra las tesis fríamente mortales de Quinet quien pide que el catolicismo sea "ahogado en el lodo", contra la inepta impiedad de estos secuaces que se asocian a fin de rechazar les sacramentos. Por otra parte, ninguna agrupación, ningún revolucionario notable ha sido todavía convertido por los programas, los avances, las solicitudes y, hay que decirlo, incluso por las debilidades de los católicos liberales. Éstos han renegado en vano de sus hermanos, despreciado las Bulas, explicado o desdeñado las Encíclicas, excesos todos que les han valido parcos elogios, humillantes estímulos, pero ninguna adhesión. Hasta ahora la capilla liberal carece de entrada y parece no ser otra cosa que la puerta abierta para la salida de la Iglesia Católica. La explosión de odio continúa aún dentro del campo liberal no católico, encendiendo en el mundo una especie de furor no sólo contra la Iglesia sino también contra la idea de Dios. Existe una especie de

emulación general entre los jefes de partido que al presente gobiernan Europa, con el designio de quebrantar toda unión del hombre con Dios. Entre los cismáticos, entre los herejes, entre los infieles en fin, y por poco que sea el contacto que tengan con la civilización, por todas partes se despoja a la Iglesia. El Estado musulmán mete mano en los bienes de las mezquitas, como por otra parte el Estado cristiano sobre la propiedad eclesiástica. Pues es menester que Dios, sea cual fuere el nombre que tenga, y bajo ningún respecto, no posea ya ni siquiera la más mínima parte de lo que Él ha creado. Tal es este mundo en el cual los católicos liberales piensan encontrar defensores, guardianes probos y abnegados de la libertad católica.

XXXII

LOS CATÓLICOS Y LAS CONSTITUCIONES MODERNAS

No es lo que su propia experiencia les promete. Nosotros podemos hablar de ella pues la hemos hecho juntos, en un mismo esfuerzo y con un mismo sentimiento. La experiencia ha sido larga y el tiempo parecía tan favorable, como poco lo son ahora los días que corren. Aunque pocos en número, nuestra unión nos volvía fuertes. La constitución reinante obligaba a contar con nosotros; ella nos daba ventajas a los que estábamos reconocidos, promesa nuevas en las que queríamos creer y que nos llegaban mucho más adentro que sus negativas. ¿Quién anheló tanto que la Carta fuese una "verdad", y esperó en ella más sincera y ardientemente? Aun manteniendo nuestros principios en contra de le doctrina revolucionaria, ¿qué rechazábamos de ella? ¿Qué otra cosa podíamos sino oponer la libertad a la libertad?

Nosotros no formábamos un partido aislado o de poca importancia. Al frente de nosotros teníamos a los príncipes de la Iglesia, en especial a uno, tan eminente por su carácter y por su talento como por su posición: Mons. Parisis, el gran obispo de Langre, que acaba de morir en la sede de Arras, amado de Dios y honrado por los hombres. Mons. Parisis estudió la cuestión del acuerdo entre la religión y la libertad, menos para saber lo que la Iglesia debía conservar que para conocer lo que ella podía conceder. Un escrito que obtuvo su aprobación resume así el programa del partido católico: Los Católicos han dicho "a los príncipes, a los doctores y a los sacerdotes de las ideas modernas: Nosotros aceptamos vuestras dinastías y vuestras constituciones; os dejaremos vuestras ganancias. Pero no os pedimos más que una cosa, que es de estricto derecho, incluso para vosotros mismos: la libertad. Queremos combatir y convenceros mediante la libertad solamente. Cesad de someternos a vuestros monopolios, a vuestras trabas, a vuestras prohibiciones; dejadnos enseñar libremente, tal como vosotros hacéis; asociarnos libremente en las obras de Dios, como vosotros lo hacéis para las obras del mundo; abrir posibilidades para todos los bellos entusiasmos a los cuales no sabéis otra cosa que imponer trabas o proponer expedientes dilatorios. Y no temáis nuestra libertad: ella oxigenará y salvará la vuestra. Ahí en donde nosotros no somos libres, nadie lo llega a ser largo tiempo".

He aquí lo que pedíamos. Y sin querer elogiar ni despreciar a nadie excesivamente, nuestros adversarios de entonces eran más serios, más sinceros, más ilustrados, más moderados que nuestros adversarios de hoy. Ellos eran los Guizot, los Thiers, los Cousin, los Villemain, los Broglie, los Salvandy, hallándose a la cabeza de todos ellos el rey Luis Felipe. Todos esos jefes de la seriedad dirigente de entonces no tenían el fanatismo irreligioso y anticristiano que vemos ahora. Su actitud subsiguiente lo ha demostrado de modo honroso. Además, creían en la libertad; al menos querían creer en ella.

¿Qué hemos obtenido de su sabiduría, de su moderación, de su sinceridad? Por desgracia, la cuenta es tan fácil de hacer como amargo resulta expresarlo. No hemos obtenido nada, lo que se llama absolutamente nada.

Pero ha sobrevenido una catástrofe: el espanto ha logrado más que la razón, la justicia y la Carta. Bajo una impresión de espanto se nos ha dejado tomar algo, pero con el designio mal disimulado de

reducir o anular bien pronto esas débiles ventajas. La tempestad ha pasado. Aquellos de nuestros adversarios que han quedado abajo no han dado signos brillantes de conversión; aquellos que se han recobrado parecen no poder perdonarse el haber tenido miedo del trueno; generalmente se muestran, más hostiles de lo que parecían.

¿Acaso hemos cambiado nosotros mismos y retirado a las cosas modernas la adhesión práctica y el concurso que les debíamos? Los católicos liberales lo pretenden así; pero se equivocan gratuitamente al achacarnos eso.

Decíamos entonces, y seguimos diciéndolo hoy, que la base filosófica de las constituciones modernas es ruinosa, pues entrega a la sociedad a peligros ciertos. Jamás hemos dicho que se pudiese ni que se debiese sustituirlas violentamente por otras bases, ni que estuviese prohibido obedecer a tales constituciones en aquellas cosas que no son contrarias a las leyes de Dios. Es un hecho totalmente independiente de nosotros, un estado de cosas en medio del cual nos encontramos en cierta manera como en país extraño, observando las leyes generales que regulan la vida pública, usando incluso del derecho de ciudadano cuyas obligaciones adquirimos, pero absteniéndonos de entrar en sus templos y ofrecer el incienso de la adoración. Si el autor de estas páginas se permite ofrecer este ejemplo débese a que ha practicado largo tiempo la libertad de prensa, y pide seguir ejerciéndola todavía, sin creer por eso y sin haber creído jamás, que la libertad de prensa sea un bien absoluto. En resumen, mantenemos hacia las constituciones idéntica conducta que la que mantiene todo el mundo con respecto a los impuestos: pagamos los impuestos pidiendo que se disminuyan; obedecemos a las constituciones pidiendo que se las mejore. En esto consisten nuestras dificultades, y los católicos liberales lo saben muy bien.

Si esto es demasiado, si siempre debemos pagar los impuestos sin encontrarlos gravosos, si debemos transferir a las constituciones modernas la creencia religiosa que damos a los dogmas que ellas declaran implícitamente perimidos, si no debemos anhelar ningún otro mejoramiento que una erradicación cada vez mayor de toda idea cristiana, ¿qué clase de libertad es la que se nos promete, y qué ventajas piensan sacar los católicos liberales de esta libertad que les será concedida en idéntica medida que a nosotros?

XXXIII

LOS CATÓLICOS LIBERALES Y LOS PRINCIPIOS DEL 89

Los católicos liberales juran tranquilamente por los principios de la Revolución Francesa; hasta los denominan "*los inmortales* principios". Viene a ser el *schibboleth* (Jueces, 12, 6) que da entrada al campo del liberalismo amplio, Pero existe manera de pronunciarlo, y nuestros católicos no se hallan allí muy cómodos, pues a pesar de todo se los recibe fríamente; los más avanzados se hallan todavía en cuarentena. Y yo los felicito por ello. Pues para dar el acento justo y la pronunciación exacta es menester primero haber comprendido y aceptado bien todo eso.

Si quisiesen comprender bien esto, me atrevo a decir que no lo aceptarían. ¿Qué son los "principios" o las "conquistas" o las "ideas" del 89? Estos tres nombres significan ya tres matices, o más bien tres diferentes doctrinas; pero hay muchas otras. Determinado católico liberal distingue, muy cuidadosamente, entre principios y conquistas, otro admite ambos, y alguno rechaza tanto uno como otro término y no admite más que ideas.

En los liberales puros, es decir, sin mezcla alguna de cristianismo, se detestan estas distinciones, agriamente calificadas de jesuíticas. Ideas, principios, conquistas, son artículos de fe, dogmas, cuyo conjunto constituye un credo. Pero nadie recita este credo; y si alguien lo ha copiado íntegramente para su propia satisfacción privada, podemos desconfiar de que lo copie sin que le haga retoques y sobre todo sin que encuentre algún otro hermano en creencias del 89 que no proponga supresiones y añadidos.

Nada más laborioso e infecundo que un viaje a la búsqueda de los principios del 89. Encuéntrase en él espesos matorrales, trivialidades y frases huecas. Habiendo tratado Cousin de revelar esos misterios que llevan el nombre formidable y bendito de principios de la Revolución Francesa, los reduce a tres: "1º) La soberanía nacional; 2°) La emancipación del individuo, o la justicia; 3º) La disminución progresiva de la ignorancia, de la miseria y del vicio, o la caridad civil". Tocqueville no contradice a Cousin; solamente demuestra sin mucho trabajo que el 89 no ha inventado ni esto ni nada de lo que puede todavía adjudicarse como bueno y aceptable bajo el nombre de "los principios del 89". Todo existía en germen en la antigua constitución francesa, y su desarrollo hubiese sido más general y más sólido si la Revolución no hubiese puesto la mano en ello, es decir, no la mano sino el cuchillo.

Antes del 89, Francia se creía bien dueña de sí misma y se tenía ya entonces una vislumbre de la igualdad ante la ley, a causa de la ya larga práctica de la igualdad ante Dios. Y caridad manifestaba su existencia por un gran número de establecimientos y congregaciones dedicadas a la caridad. La instrucción pública era más liberal, más sólida y se hallaba más expandida que hoy[14].

Cierto es también que la religión católica jamás fue considerada como enemiga en los tribunales, en los hospitales y en los colegios. Cuando combatíamos el monopolio universitario, era para abrir escuelas y fundar universidades; cuando combatíamos por la libertad de la dedicación religiosa, ningún infortunio debía sufrir por ello; jamás pedirnos que un derecho fuese conculcado, ni que un crimen pudiese escapar a la represión por encumbrado que fuese el criminal. Si, pues, los principios del 89 son lo que V. Cousin dice, ¿en qué les es contraria la fe católica? Tanto los católicos liberales como los no liberales no sólo los han respetado por igual, sino practicado y defendido.

XXXIV
LA SECULARIZACIÓN, FUNDAMENTO DE LA REVOLUCIÓN

Mas, tiempo es ya de revelar el arcano del 89, y denunciar el punto en que la fe católica liberal deberá cesar, a fin de que sea, o liberal, o católica. Existe un principio del 89 que es el principio revolucionario por excelencia y que condena en sí toda la Revolución y todos los demás principios. No se es revolucionario sino desde el momento en que se lo admite; no se deja de serlo, más que en el momento en que se lo rechaza; tanto en uno como en otro sentido, condena todo. Él erige entre los revolucionarios y los católicos un muro de separación a través del cual los Piramos católicos liberales y las Tisbes revolucionarias no harán pasar nunca más, que sus estériles suspiros. Este principio único del 89 es el que la cortesía revolucionaria de los Conservadores de 1830 llama la *secularización* de la sociedad; es lo que la franqueza revolucionaria de *El Siglo*, de los Solidarios[15] y de Quinet llama brutalmente la expulsión del principio teocrático; es la ruptura con la Iglesia, con Jesucristo, con Dios, con todo reconocimiento, con toda ingerencia y con toda apariencia de la idea de Dios en la sociedad humana. A decir verdad, no es preciso estrujar mucho el principio católico liberal para conducirlo hasta ahí. Llega hasta allí por el mismo camino, haciendo las mismas etapas, mediante idénticas necesidades de situación, por idénticas sugestiones del orgullo, las que han conducido imperiosamente el principio del libre examen protestante a la negación de la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo. Los corifeos de la Reforma no se habían propuesto el objetivo al que su posteridad ha llegado hoy, y hasta puede decirse que los más audaces no hubiesen dejado de mirar esto sin horror. Pero siendo lo que ellos pretendían conservar del dogma, más que suficiente para obligar a la razón humana a admitirlo íntegramente, sus hijos lo han negado, lo han negado siempre. Ellos han aplicado la segur sobretodos los puntos en que la savia dogmática producía un retoño legítimo, es decir, católico. Finalmente, acomodando esa segur al tronco, y encontrando que la verdad indefectible surgía siempre idéntica y les gritaba en todo momento que era

[14] Informe de M. de Salvandy, ministro de Instrucción Pública.

[15] Asociación obrera belga, de tendencias comunistas y antirreligiosas, que se especializaba en manifestaciones con ocasión del entierro civil de alguno de sus miembros.

preciso ser católico, han exclamado: ¡Arranquemos sus últimas raíces y cesemos de ser cristianos a fin de seguir siendo protestantes!

Cosa idéntica sucedió con las escuelas filosóficas de la antigüedad que quisieron resistir al cristianismo: la lógica a contrapelo las ha hundido en los absurdos de las teúrgias paganas que niegan toda verdad y afectan creer todas las locuras.

Entre nosotros, las filosofías separadas llegan hasta la negación implícita de la moral en provecho de una sabiduría que haga a la moral independiente de la religión. La Universidad bajo Luis Felipe nos decía como una cosa muy simple: "El trabajo de la razón humana y de las sociedades desde hace tres siglos consiste en operar esta escisión que la Revolución Francesa ha establecido definitivamente en nuestras costumbres y en nuestras instituciones".

Desgraciadamente, nada sería el error. El gran peligro del espíritu humano consiste en querer tener razón, y, desde el momento en que se rechaza el freno de la obediencia, ese peligro Llega a ser el peligro por excelencia. "Todo aquel que comete pecado es esclavo del pecado" (Juan, 8, 34). Lo cual es verdadero tanto del pecado doctrinal como del pecado material.

XXXV

Nuestros católicos liberales sienten el peligro de la doctrina del 89; de ahí esas distinciones mediante las cuales se esfuerzan en disipar sus consecuencias prácticas, y fabricar una Revolución Francesa particular que los haga suficientemente revolucionarios sin dejar por eso de ser católicos. Pero la empresa consiste en conciliar el mal con el bien y esto sobrepasa las fuerzas humanas.

He aquí por qué pronuncian mal la palabra *sehibboleth*, y la causa por la cual la Revolución no se les entrega. La Revolución es más justa para con ellos de lo que ellos mismos lo son. Ella los olfatea como tales, como católicos, y les hace el honor de no creerles cuando la quieren convencer ellos mismos de que lo son tan poco, que nadie, fuera de la Iglesia, sospechará nada, al punto que seguir representando muy a sus anchas su a personaje de ateos en medio de esta forma ideal de gobierno sin culto y sin Dios... ¡Quién hubiese dicho que Dupin[16] levantaba la bandera católico-liberal, cuando glorificaba a su régimen de 1830 por ser un gobierno que no se confesaba! Pero el mismo Dupin se ha confesado, y la Revolución, que no tenía confianza en él, se obstina en no tenerla a los católicos liberales. Ella sabe qué aplicaciones pretende hacer de sus principios, sabe que los católicos resistirán a ello hasta el fin, se desengañarán, se retractarán, y que, al final, esos cuasi rebeldes querrán dar su sangre por afirmar lo que hoy aparentan quebrantar.

El profeta Quinet excluye de la sociedad liberal a todo aquel que, habiendo recibido aunque más no sea el bautismo, no haya renegado formalmente de él. Rasgo de previsión cabal y profundo. Demuestra que Quinet tiene una idea cierta del poder del bautismo, y no ignora la incompatibilidad que existe entre la sociedad liberal y la sociedad de Jesucristo. La sociedad liberal proscribirá, pues, el bautismo, y, naturalmente, se cuidará muy bien de que algún bautizado que haya escapado de las catacumbas, venga a hablar a los renegados, pues entonces, los mismos renegados vacilarían. ¿Qué esperanza puede quedar entonces a los católicos liberales? Dirán acaso que no comprenden la libertad al modo de Quinet. Mas ya sabíamos esto; todo el mundo lo sabe. Pero todo el mundo les gritará que el único modo de entender la libertad es como la entiende Quinet.

XXXVI

Colocado ante lo imposible, es innecesario escrutar lo impracticable. Yo no pretendo mostrar a

[16] Jacques Dupin, Presidente de la Cámara bajo la Monarquía de julio, miembro de la Academia Francesa y de la de Ciencias Morales, jurisconsulto muy escuchado... y muy galicano en las cuestiones de derecho eclesiástico. A él refutó victoriosamente L. V. en su ensayo *El Derecho del Señor* (t. VI de las *Obras completas*).

la iglesia católica liberal las infranqueables dificultades de su instalación. Ultrajaría el sentido común; las eventualidades que habría que prever, como los recuerdos para evocar, echarían sobre estas páginas un tinte contra el cual protestan la seriedad del asunto y la sinceridad de los hombres que combato. Sólo indico las divisiones que surgirían en esas iglesias liberadas; las luchas que de inmediato y siempre habría que entablar con los disidentes, los cuales no tendrían ya en cuenta las excomuniones, ni al Gobierno mismo, y tratarían de apoderarse de los edificios religiosos. Se estaría entonces en situación de pedir al Estado, como acaban de hacerlo los protestantes, una constitución civil que, de pronto, lo instituyese en pontífice y regulador de la fe. Es entonces cuando los artículos orgánicos se multiplicarían. Consideremos solamente lo que sucede en Suiza, en donde el digno y santo obispo de Basilea, perseguido por el Gobierno es más gravemente perseguido aún por una parte de su pueblo que se precia de enseñarle tolerancia[17]. Ahí tenemos al liberalismo católico en acción. Seguramente es todo lo que hay de más odioso, de más indignante, de más ridículo. Mas, ¿qué remedio se encuentra a ello en el sistema liberal? O el Estado, fiel a su misión, no se preocupa en apaciguar las disensiones que suscita, y el obispo se vea obligado o a pactar, o a huir, y el pueblo fiel será oprimido por los facciosos; o el Estado interviene, porque tal es su voluntad, y entonces sentencia como amo, y como amo enemigo. He aquí, pues, un pontífice no solamente laico, sino herético, ateo. Os dejo la tarea de pensar si esta consecuencia se hará esperar mucho tiempo entre nosotros.

De buena gana afirmaría que el catolicismo liberal es un error de ricos. No puede prender en el espíritu de un hombre que haya vivido entre el pueblo y que haya visto las dificultades innúmeras que la verdad, sobre todo hoy, experimenta al descender y mantenerse en esas profundidades en donde necesita de todas las protecciones, pero más en particular del ejemplo de arriba. El pueblo añade una idea de mérito intelectual a la situación, a la fuerza, al mando. Difícilmente el inferior se dejará persuadir que debe ser cristiano cuando su superior no lo es. Y hasta el superior mismo posee algo de esta idea, pues la elevación moral de su subordinado lo disgusta, lo irrita y muy pronto llega a serle odiosa. De ahí el celo no menos ardiente cuanto insensato y culpable con el cual tantos desdichados trabajan en destruir la religión en el alma de sus subordinados. Que el Estado cese de practicar oficialmente el culto, que interrumpa y cese de tomar parte en las ceremonias, y que esto se diga y se vea, sería ya una persecución, y acaso nada habría más peligroso. En las ciudades, esto se notaría muy poco inmediatamente; durante un tiempo, los ricos apenas lo advertirían; pero en las villas y en el campo sería un hecho inmenso y desastroso. Nada digo de las demás consecuencias del ateísmo de Estado; sólo me atengo a los efectos del ejemplo. Calcúlese el alcance en un país que ha sido durante tantos siglos católico, y en el que el tahalí del gendarme comienza a ser más sagrado para el pueblo que la estola del cura.

XXXVII
OBEDIENCIA AL PAPA

Demasiado evidente es que, en el estado presente del mundo, el liberalismo católico no tiene ningún valor, ni como doctrina, ni como medio de defensa de la religión; por eso, es incapaz de asegurar la paz a la Iglesia, como también lo es para procurarle el menor avance y la más mínima gloria. El liberalismo católico no ha sido más que una ilusión; ahora no es más que una obstinación y una actitud. Puede predecirse su destino: prontamente abandonado por las inteligencias generosas a las cuales debe un cierto brillo afectivo, irá a hundirse en la herejía general. ¡Ojalá que los adeptos que arrastre no se transformen entonces en ardientes perseguidores, según la común inconsecuencia de esas débiles inteligencias a quienes invade el falso espíritu de conciliación![18]. Algunos espíritus parecen hechos para el

[17] Monseñor Eugenio Lachat, de la Congregación de la Preciosa Sangre, sabio teólogo a quien los protestantes y los radicales perseguían.

[18] (Nota del Traductor) Casi cien años después, el Papa Pío XII, en su memorable Encíclica *Humani Generis*, condena lo que él llama "imprudente y falso irenismo", es decir, precisamente, ese torcido espíritu de conciliación que disminuye y corrompe la Verdad.

error, como ciertos temperamentos lo son para la enfermedad. Todo lo que hay de malsano, a ellos se apega: son víctimas del primer soplo y del primer sofisma; ellos son la herencia, el botín, el objeto de las potencias del aire, y puede definírselos como la antigüedad definía al esclavo: *non tam viles quam nulli.*

No intentaremos por eso convencerlos sino más bien darles un ejemplo que los pueda preservar. De acuerdo con la fe, la razón clama para que nos unamos y nos afirmemos en la obediencia. "¿A quién iremos?" Liberales y no-liberales, envueltos en el terrible turbión de estos tiempos, no sabemos todos ciertamente más que una cosa: que nadie sabe nada, excepto el hombre con Quien Dios está para siempre, el hombre que lleva el pensamiento de Dios.

Menester es estrechar filas alrededor del Sumo Pontífice, seguir inquebrantablemente sus inspiradas directivas, afirmar junto con él las verdades que solas salvarán nuestras almas y al mundo. Preciso es abstenerse de toda empresa que trate de reducir su palabra a nuestro propio sentir: "Cuando el Soberano Pontífice ha proclamado una decisión pastoral, nadie tiene el derecho de añadir o quitar de ella ni siquiera una vocal: *non addere, non minuere*. Lo que él afirma, es verdad para siempre" (Mons. Berteaud).

Cualquiera otra práctica no conducirá sino a dividirnos y a disolvernos cada vez más. Tal es la desgracia de las desgracias. Las doctrinas llamadas liberales nos han disgregado. Antes de su invasión, demasiado favorecida, por desgracia, por un movimiento de malhumor político, éramos algo, por poco que fuésemos; formábamos un bloque, un diminuto bloque, un guijarro, si se quiere, pero un guijarro que tenía su consistencia y su peso. El liberalismo lo ha partido y reducido a polvo. Si, debido a esto, ocupa más lugar, lo dudo, pues desparramarse no significa extenderse. En todo caso, cien y mil granos de polvo no llegarán jamás a cargar una honda. Hoy no aspiramos más que a un resultado, no trabajamos más que en obtenerlo: lancémonos en brazos de la obediencia; ella nos dará la cohesión de la piedra, y sobre esta piedra, *hanc petram*, la verdad posará su planta victoriosa.

XXXVIII

Había comenzado a escribir estas páginas con un sentimiento de amargura y de angustia que ahora, al terminarlas, no experimento. La *ilusión* liberal no solamente es vana en el fondo, sino que posee determinaciones indicadoras de debilidad y de mentira que revelan su miserable origen. El falso orgullo con que se rodea cuando hay que obedecer, no oculta suficientemente las complacencias que prodiga en el momento en que conviene resistir. No puede abusar mucho tiempo de las almas hechas para la verdadera grandeza. Entre los católicos, la ardiente rectitud y la elevación de espíritu corrigen las irregularidades del corazón. Si este siglo parece prometernos un largo período de mediocres combates sin aparentes victorias y humillaciones de toda clase; si tenemos que ser burlados, escarnecidos, expulsados de la vida pública; si, en este martirio del desprecio, es menester soportar el triunfo de los tontos, el poder omnímodo de los perversos y la gloria de los bribones, Dios reserva por su parte a sus fieles una misión cuyo fecundo esplendor no rehusarán ni desconocerán, la misión de llevar su verdad disminuida y reducida como una vela de altar que se puede poner en las manos de un niño, pidiéndoles desafíen toda esa tempestad ; pues, con tal de que su fe no se debilite, la llama viviente no sólo no se apagará sino que ni siquiera vacilará. No; ella no será apagada y no vacilará. Podrá la tierra cubrirnos con su manto de polvo, el océano vomitará sobre nosotros sus ondas espumosas, y seremos aplastados por las pezuñas de las bestias lanzadas sobre nosotros, pero lograremos superar ese mal trago de la historia humana. El diminuto resplandor colocado en nuestras manos desgarradas no habrá perecido. Él encenderá el fuego divino.

XXXIX

¡Qué míseras estas discusiones cuando se está en presencia del problema que agita al mundo, problema cuyas dimensiones en extensión y en profundidad puede decirse que son los de la humanidad misma!

Trátase de la existencia del Papado, que implica la existencia misma del cristianismo. La humanidad se halla ahí toda entera con su pasado, su presente, su porvenir. Pues el problema, el verdadero problema consiste en saber de dónde viene la humanidad, qué es lo que quiere, y a dónde va.

¿Es el hombre criatura de Dios, y ha dado este Dios creador a esta su creatura una legislación inmutable en medio de las transformaciones permitidas a su libertad? ¿Ha sido la humanidad culpable por creer, desde hace dieciocho siglos, que Jesucristo es el legislador viviente y eterno? ¿Ha sido culpable por creer que este Dios ha constituido un sacerdocio cuyo jefe único, permanente e infalible es, en la persona del Papa, llamado por esta razón el Vicario de Cristo sobre la tierra? La humanidad que ha creído esto, ¿no lo cree ya? ¿Abjura de Jesucristo, formalmente negando su divinidad, o implícitamente declarando que su divinidad se ha engañado y ha engañado al mundo, que no ha instituido la Iglesia, ni ha dejado, bajo ese nombre, más que una obra transitoria a la cual ha hecho promesas caducas cuyo temprano fracaso conoce hoy el espíritu humano? Finalmente, cuando el Papa sea arrancado de su trono, relegado a la sacristía, súbdito oscuro de un pequeño rey, vasallo él mismo de su pueblo y de sus aliados; cuando el Vicario de Jesucristo, vicario impotente de un Dios en decadencia, habiendo pasado por esas ignominias no pueda ya lanzar una sentencia espiritual cualquiera que no sea tomada con desprecio como una locura o castigada como un crimen de Estado, y cuando los pueblos se burlen de esa majestad escarnecida por los esbirros policiales, ¿cuál será entonces el jefe religioso de la humanidad? ¿Tendrá todavía la humanidad un Dios? Y si la humanidad no tiene ya Dios, o si tiene tantos como quiera y desee forjarlos, ¿qué llegará a ser? Tales son los problemas, no todos, sino un grupo de los que encierra en su ámbito inmenso la cuestión del mantenimiento del Papado. ¡Y frente a este problema es cuando los fieles discutirían las decisiones del Papa, o resolverían sin él la conducta que deben seguir!

La obediencia, única cosa que nos mantiene en la verdad, pone por ello mismo en nuestras manos el depósito de la vida. No privemos de ella a la humanidad caída en la demencia. No la entreguemos, ni la adulteremos. Que nuestra palabra, al confesar la verdad durante el transcurso de la tribulación y del castigo, no cese de golpear a la puerta del perdón; ella apresurará la liberación.

El mundo se halla en vías de perder junto con Cristo, todo lo que Cristo le ha dado. La Revolución disipa esa real herencia, envaneciéndose de querer conquistarla. Todo conduce a la tiranía, al desprecio del hombre, a la inmolación de los débiles. Y todo esto se cumple en nombre de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad. Conservemos la libertad de proclamar que sólo Dios es Dios y que es preciso adorar nada más que a Él y no obedecer sino a Él, sean cuales fueren los amos que Su cólera deje pasar sobre la tierra. Conservemos la igualdad que nos enseña a no doblegar nuestro espíritu ni ante la fuerza, ni ante la riqueza, ni ante los éxitos, sino solamente ante la justicia de Dios. Conservemos la fraternidad, esa verdadera fraternidad que no existe ni puede existir sobre la tierra sino cuando mantengamos en ella la paternidad y la realeza de Cristo.

FIN DEL LIBRO